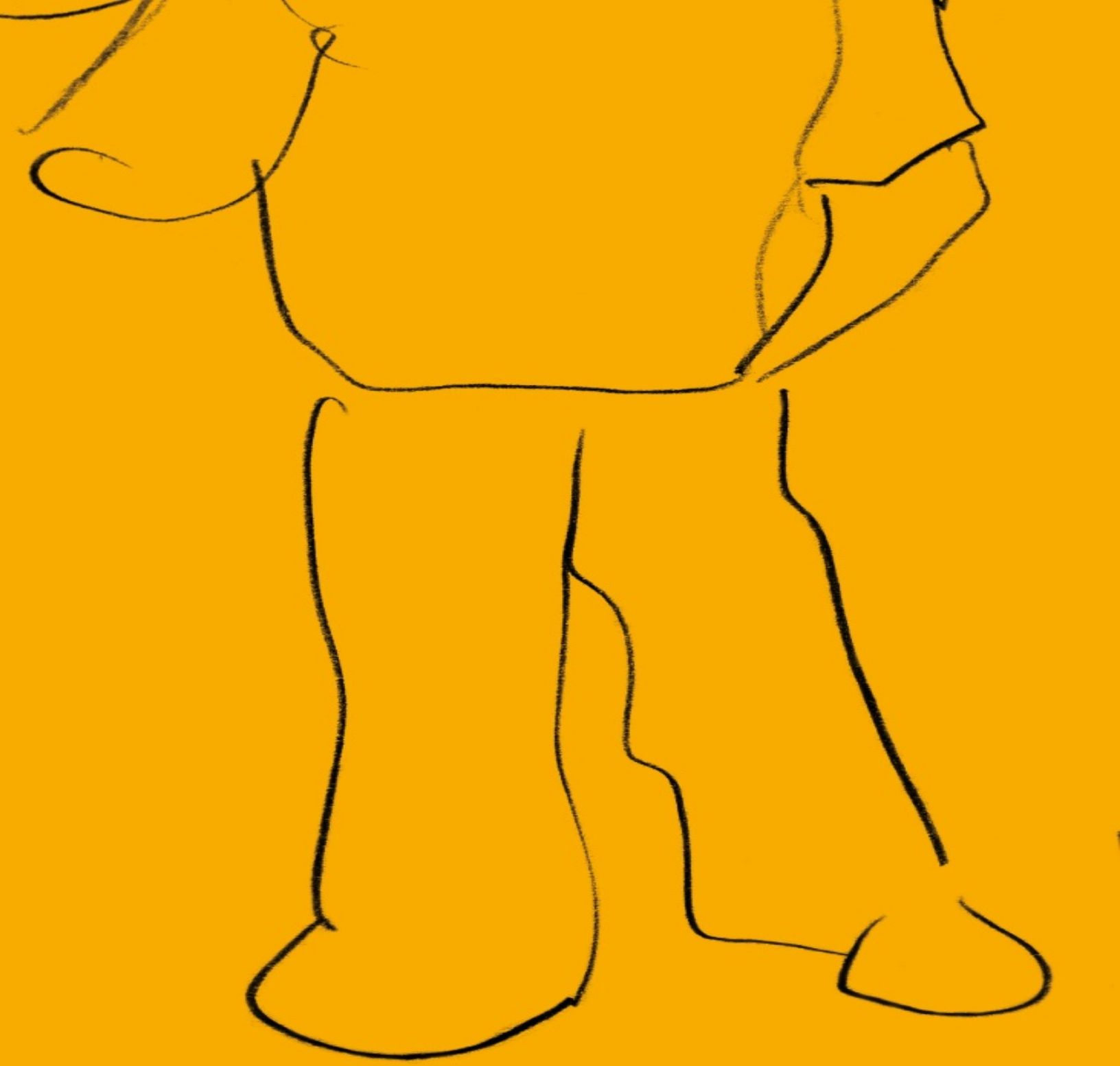

NORBERTO MAYFLOWER

MANCHA

piedra en el charco

Mancha

Norberto Mayflower

ISBN: 978-9974-8478-4-2
Mancha
Primera Edición: Diciembre 2015
© 2015 Norberto Mayflower
© 2015 Piedra en el charco
Diseño de tapa y maqueta:
Piedra en el charco

1

El hastío es el mismo, lo que cambia es el asco. Como si fuera yo el que hubiera muerto y no mi padre, como si él todavía viviera en la barbacoa, en los sábados de tarde, en el *provolone* relleno. Tengo una mancha roja en la punta de mi nariz que debe ser salsa de tomate. Me cuesta mucho comer los tallarines sin cortarlos, pero desde que supe que en mi familia comen con tenedor y cuchara, me obligo a hacerlo de esa manera.
La semana que viene podré nuevamente tener un acuario, me lo confirmó mi hermano hoy de mañana. Horacio se puso muy feliz con la noticia, nos hace falta la mascota. Le pedí que fuera rojo, un pez rojo, uno solo; y con Horacio ya decidimos el nombre: Claudio. Siempre tuve peces y siempre uno de ellos se llamó Claudio.

Cuando vivía en el apartamento, al abrir la puerta, Claudio nadaba de un lado al otro de la pecera; era su forma de saludar. Al lado, sobre el televisor, en el lugar que la dejaba todos los días, estaba mi corbata roja que era parte del uniforme de trabajo de la alquiladora de autos. Al principio la tiraba, así nomás, y solita se enroscaba en la maraña de cables y antenas, ese era su perchero. Pero desde que me había enterado lo de mi padre, las noches las pasaba en blanco y para no llegar tarde a la oficina preveía algunas cosas para aligerar las mañanas: cada media ya dentro de su par de zapatos, me afeitaba de noche y la corbata roja la sacaba con sumo esmero para no deshacer el nudo y volver a enlazarlo. La colgaba, como una soga, de mi pescuezo a la antena; ese era su perchero.
—Lo leí en el diario.
Así me lo contó mi tía Adela, por teléfono. Fue como si me estuviera enterando sobre la vida de otra persona, quizá por la costumbre de no tener padre. Estaba parado al lado del cajón de madera, que usan los buques cargueros para transportar lo frágil, que un amigo portuario me regaló. Esa era la única mesa de mi casa, una gamella dada vuelta. Además del teléfono que atendí con la novedad, tenía sobre la madera sin curar el acuario, el televisor y a cada tanto mis pies estirados cuando me sentaba en el sillón con su tapizado ardido, blanco y azul. Me olvido, también había un portarretratos. Como si mi tía me hablara de una película que veía en el televisor puesto en frente y más atrás el ventanal, que por entre dos edificios, siempre que no hubiera mucha niebla, mostraba el río y al final las luces del puerto.
—¿De qué padre me hablás?
Mi tía se destapó con una explicación de que lo había visto dejando a una chica, meses atrás, tendrá unos veinte y pico, debe ser su hija, en las puertas de la escuela de artes dramáticas y que en aquel momento no le parecía —si no me engaño «apropiado» fue la palabra que usó— comentarme algo, con todo lo que habíamos tenido que soportar todavía tan fresco.
—¿De qué padre me hablás?

El teatro fue mi primera salida con Horacio. Antes, cuando nos veíamos, nos quedábamos en casa, tenía miedo de perderlo. Por mi hábito de andar con las manos en los bolsillos, algunos se habían desfondados y me atormentaba el peligro de un día ponerlo en el bolsillo equivocado. Al contarle sobre el llamado de mi tía Adela, fue como si él sí hubiera podido absorber la noticia, un globo que se infla.

—¿De qué padre me hablás?

Le expliqué a Horacio los pormenores. Nunca le había dicho nada, creí que, quizá, escondidos y con el tiempo, los hubiese borrado. Mamá había sido la ayudante de la maquilladora en el casamiento de la hermana de mi padre, fue eso. Después que tuvieron pronta a la novia, se quedó ajustando los rostros de los demás parientes que aprovechaban para corregir un ojo o una boca exagerada. Mi madre después lo buscó, al principio porque le había gustado, después para contarle que estaba embarazada y él no se interesó por ninguno de los dos. Tenía en el portarretrato sobre la gamella una foto de mi madre con su panza. Era una polaroid con una pose robada que no le dio el tiempo de fingir una sonrisa grande, igual que los paquetes de regalos que recibía de navidad, con moños rojos como los peces que han llenado mis acuarios y el papel brillante; debajo del árbol, un tiburón en una pecera, grande para suplir la ausencia, no le dio tiempo. Por la comisura de su boca que empezaba a gesticular el ensayo, había un hueco. Había. La tiré sin hacer una copia. Acá no tengo fotos.

—¿Entonces?

La impaciencia de Horacio lo agrandó aún más y ya no me cupo en los bolsillos.

Decidí seguir el rastro de mi hermana e ir hasta la escuela de artes dramáticas. Presentaban las obras de fin de curso, una de Lorca. El portafolio tenía un cierre con clave numérica y puse la fecha de la muerte de mamá como código, 139, 13 de setiembre; solo lo abrí cuando ya estaba dentro de la sala para que Horacio ocupara su lugar.

Mamá había muerto hacía dos meses de una corta enfermedad, fulminante me anunciaron con pereza los médicos. Mi tía Adela se sintió responsable de cuidarme, lo hacía por su hermana también. Por eso que al ver a mi padre dejando a una joven en la escuela de artes dramáticas, debía de ser su hija, prefirió no decirme nada, a ver que si con el tiempo lo podría borrar. Pero al leer el obituario y reconocer el nombre, se sintió responsable. Me lo dijo de una:

—Lo leí en el diario.

Me leyó en voz alta el anuncio del óbito, César Cabrera, de ahí me aprendí el apellido.

—¿De qué padre me hablás?

Me volvió a contar la historia que ya conocía, con el agregado de la escuela de artes dramáticas y que debía de ser su hija.

Di vuelta la tapa del portafolio y la apoyé contra el respaldo del asiento. Horacio se

paró, siempre dentro del bolso, y con sus dos manos sobre el cuero se sostuvo toda la obra y desde ahí aplaudió. Busqué en la lista de repartos de los actores el apellido Cabrera, Julieta se llama mi hermana. Su curso representaría la obra de Lorca, La Casa de Bernarda Alba. Cuando le dije a mamá que había conseguido trabajo, ella se puso contenta, pero, cuando me vio de corbata, pensó en un puesto de gerente; se le fue un sueldo entero de la peluquería para comprarme el portafolio de cuero marrón que hasta la primer salida al teatro, no tuve en que usar. Nos sentamos cerca del plató y pude ver a mi hermana detrás de una peluca rojiza, un maquillaje mate, los labios delineados como una muñeca, un lunar que no sabía si era propio o de Adela, su rol en la obra; y sus pestañas que no se cerraban, dos arañas arriba de un algodón. Mientras, su personaje se encerraba en el dormitorio y su madre le gritaba «Adela, Adela» y ella sin abrir, terca, con su vestido verde. Su personaje moría al final. O creo que se moría. Adela, como mi tía, da la coincidencia.

—¿Entonces?

Al final de la obra y de aplaudir en pie, Horacio me preguntó qué más. Estuve afuera del teatro, esperé. Vi que se metió en un coche con otros del elenco. Me subí a un taxi y la seguí.

—Debiste haber venido antes.

Ella y sus compañeros de obra se bajaron en un bar donde dos porteros le sacaron la cadena. Había más personas que aguardaban, pero ellos entraron enseguida. Con Horacio nos pusimos detrás de la fila y veía, por entre los vidrios que se empañaban con cada nuevo cliente, además del aire turbio de esa ciudad siempre húmeda, el rostro de mi hermana sin maquillaje; ahí ya no era Adela, pero era Julieta y sonreía con efervescencia, sin lunar. En un momento volcó su copa pero una muchacha de la barra se la repuso. Se sentó de piernas cruzadas y se rió con el comentario de una colega de reparto, le vi los dientes. Sus labios no estaban delineados, aunque el vidrio se empañaba. En la fila esperamos y a nuestro turno nos dijeron que era mejor venir otro día. Le expliqué al señor que estaba mi hermana adentro y que necesitaba hablar con ella, una vieja historia, le comenté.

—Debiste haber venido antes.

Esa había sido la última representación de la obra de fin de curso. Al otro fin de semana, llegamos al bar con Horacio, le parecía muy cómodo el portafolio. Arribamos temprano, antes mismo que los porteros, y pudimos entrar. Esperamos a que el bar se llenara, siempre con un whisky servido por la camarera muy solicita. Las amigas de reparto de mi hermana fueron al bar, hasta pude distinguir, guardo cierta repugnancia, cuál de sus amigas había interpretado a Bernarda Alba. Mi hermana no fue.

—Quisiera hablarle.

Fue con ese tono que la camarera se dirigió a mí, cuando ya me iba después del quinto fin de semana infructuoso de visita al bar. Las amigas de mi hermana

siguieron yendo aunque se habían desperdigado, venían con otros grupos, pero las veía a cada tanto desde adentro de los vidrios empañados, un submarino soviético, el ambiente viscoso de humedad, con su puerta que iba y venía y sus ventanas redondas, un acuario sucio. Permanecía con la esperanza de encontrarla y hablar.
Por fuerza de coincidir en el mismo lugar con un grupo de chicas, y compartir unas butacas demasiado lustradas, brillaban como las escamas de los peces cuando recién se los saca del agua y aletean todavía creyendo que volverán, con una de ellas me cruzaba miradas. En mis charlas con Horacio la designaba como Jussara; era la de mejor culo. Creo que hay un personaje de una comedia brasileña que se llama así y ella tenía algo de esa gente. Era morocha color sexo y se vestía como si supiera de moda, combinaba todo, sin querer. Su rostro tenía un equilibrio espontáneo, como si no le costara ser linda, café recién hecho. Sentada en el sillón parecía inteligente, tenía chispa y un buen culo. Los porteros la admitían sin titubeos. Me vinieron ganas de tirarle con un rifle como si cazara liebres.
—Quisiera hablarle.
Fue Jussara quien propuso un brindis. Después sabría que se llama Valeria. Me presenté con dos besos y pude sentir su sostén de dos ganchitos. Cada corriente de aire que entraba con un nuevo cliente me erizaba la piel y tenía miedo que saltaran espinas de mis poros y que alguien se lastimara, y la puerta iba y venía y mi hermana no entraba.
—¿Por qué siempre venís al bar solo y con el mismo par de zapatos?
—¿Por qué venís con el mismo sostén?
—Tengo muchos, aunque se parecen, lo sé, porque todos tienen el mismo cierre. Me gusta, son fáciles de sacar, con una mano alcanza y novios tengo uno solo. Debiste haber venido antes
Se fue y mi hermana nada. Sin embargo la que atendía en el bar —de tanto venir y buenas propinas nos habíamos hecho buenos clientes— se quedó hasta el final y me invitó una copa.
—Quisiera hablarle.
Usaba aparato fijo, vaquero, *championes* y una musculosa blanca; una flor de plástico en un hotel de lujo. Debe haber sido por eso que me invitó la copa y hablamos.
—¿Entonces?
La siguiente la tomaríamos en casa. Con la clave por la fecha de mamá, me despedí de Horacio.
Al llegar al apartamento, donde Claudio como siempre me saludó con su ir y venir en el acuario redondo, no me dejó que la cogiera, ella quería chuparme. Tenía enfrente su pelo con una raya al medio y un brillo falso y raíces negras por donde salían unos puntos blancos de caspa. En la heladera todavía quedaba un resto de la torta de cumpleaños que me había hecho mi tía, con su merengue reseco. Me la

regaló con velitas. Treinta y siete. Guardalas para cuando cumplas setenta y tres. No se dio cuenta, pero coincidía con la edad que tenía mi padre cuando murió. Yo no lo conocí, nunca le vi el rostro, ni en foto. Mamá siempre había tratado de explicar el abandono como si se pudiera justificar, yo tenía dieciocho y él ya era grande, tenía su vida hecha; y después el tiempo pasa y para qué volver, decía mamá. Así está bien.

—¿Te gusta?

La chica del bar se acomodó arriba de su hombro el pelo que la molestaba en su función y pude ver su nuca con una cadena dorada. Le pregunté que llevaba colgado.

—Tengo dos hijos. Cargo una medallita por cada uno —una soga en el pescuezo.

La chica iba y venía y me acordé de Claudio que no había comido. Estiré el brazo y alcancé su ración; ella seguía concentrada en servir. Tuve que moverme para alcanzar el acuario y tirarle la comida a Claudio. Eso me exigió un tremendo esfuerzo de coordinación y contraje hasta los músculos del rostro. Creo que me moví mucho porque la que atendía en el bar se quejó de boca llena.

Después de darle de comer a Claudio, prendí la tele y la puse en silencio: sentía placer en escuchar los labios que succionaban; en la pantalla había una publicidad de un «llame ya» anunciando una cera para auto fantástica. Bien, solo usaba sus labios, no pretendía hacerse la piola con una mordidita. Usaba su boca como lo que es: un sustituto, como si se hubiera tragado una cucharada de aceite antes de arrodillarse. No es en cada orgasmo, pero cuando eyaculo veo a Claudio ahogándose, como si se le taparan las branquias y dejara de aletear. La chica del bar tenía una de sus rodillas apoyada sobre un plato, debía ser el mismo que usé antes de salir. No es que me guste mucho que me practiquen sexo oral, no es eso, pero eyacular en una boca me da una sensación de superioridad moral y eso sí me gusta. Y disfrutaba en imaginar a mi esperma boyando entre su saliva.

Mi hermana se llama Julieta, Julieta Cabrera. Yo soy Cabrera. Lo vi en el reparto del teatro, aunque mi documento diga otra mentira. La chica se fue enseguida de mi casa, sabía servir. Tenía miedo que se quedara. Tenía miedo de que se quedara a abrazarme y tuviera que contener las ganas de empujarla y que al caer se pegara el rostro con el borde de la mesa cajón y se quedara tendida en el piso, con la cabeza abierta; entonces me pararía, calzaría mis pantuflas, y evitaría pisar el charco de sangre densa y coagulada, antes de ir al baño a lavarme. Acomodaría el cuadro que me regaló Adela, que seguía torcido, y me iría a dormir al cuarto con mi cama destendida, en el apartamento de un dormitorio con la vista minúscula del río.

Cuando le cerraba la puerta, me preguntó si tenía vista al mar.

—Aunque parezca un mar, no lo es—le dije—. Es un río.

—Te dejo mi número, por si te vienen ganas de llamar. Me llamo Raquel.

Sí, fue ese viernes que decidí que buscaría a mi familia. Le cerré la puerta y tiré a

mi pez Claudio por el ventanal. Veía el punto rojo que giraba en su remolino y aleteaba, como si bajara por una tráquea.

En un rincón de mi habitación, me refriego la nariz contra la pared, para quitarme la mancha de salsa de tomate, pero la suciedad queda en el muro. Es minúscula, no creo que mi hermano la vea. Hoy de mañana me dijo que me traería un acuario. Horacio está contento.

2

Mi hermano Augusto, así se llama, Cabrera como yo, me trajo el acuario y con pez, uno solo y rojo, como le había pedido. Horacio no salta de alegría, no le da el techo. Vive en cuclillas para no pegarse la cabeza, pero apretó los puños cuando lo vio a Claudio nadar de un lado al otro. Sus dedos dieron dos vueltas sobre su propia muñeca y, desde que nos mudamos, ha disminuido su talla. Gracias a mi hermano, querido hermano. Lo conocí el viernes después que tiré a Claudio por la ventana. Comulgué con él.

Después de cerrarle la puerta a Raquel, la chica del bar, con la explicación del río, el que inunda aquella ciudad, hasta quise llamarla. Llegué a marcar su número el lunes de noche y cortar enseguida; después que volví de la feria de los martes con mi nuevo Claudio, lo pensé un poco más, me masturbé y enseguida cambié de idea. Compré un shampoo anticaspa.

La volví a ver el viernes en el bar, aunque esperaba otra vez encontrarme con mi hermana. Hacía calor, un aire viscoso y el local no estaba bien ventilado, había olor a cerveza en el piso, fue Horacio quien lo notó todavía en el portafolio. Saludé a Raquel y creo que usaba el mismo vaquero que la semana pasada y seguía la forma de su afable culo, aunque había cambiado la musculosa, la de este viernes era gris como los ceniceros. Y antes de llegar a la caspa, en la base de su cuello, también estaba su cadena dorada y sus hijos colgados. Ella me sonrió como si le debiera algo, tenía una buena dentadura, todo muy prolijo. Cuando la vi, pensaba en su cuero cabelludo, raya al medio y caspa, y ahí fue cuando Raquel volvió a sonreírme y me dio asco. Pensé en mi padre cuando debió de haberse encontrado con mi madre, después de la noche en que estuvieron juntos. También me imaginé las cejas de mi hermana, Julieta Cabrera, como las mías, pero depiladas: algo de los Cabrera debo de tener.

—Quisiera hablarle.

En eso llegó al bar, con su grupo de amigas, Valeria, que seguía en ese momento siendo Jussara para mí, con su culo exacto que no le cuesta; me contó su secreto: usa una crema que le trae su novio en cada viaje del free shop. Cuando fuimos a casa, me pidió que pasara los dedos para sentir la piel de sus nalgas suaves. Al irse de mi apartamento, Claudio la saludó, ya no olía a semen, olía a tienda de cosméticos.

Volvimos a usar la misma técnica con Horacio de llegar temprano, antes mismo que los porteros, para poder entrar. Éramos los primeros. Teníamos tiempo de mirar los detalles, los cables salidos de la pared, la humedad mal arreglada con una pintura menos brillosa, las banquetas que estaban flojas y los vidrios a los que, aunque no estuvieran empañados todavía, ya se les notaba la mucosidad a la espera del aire que saldría de aquel río. Con mi portafolio y la fecha de mamá, 139, liberé a Horacio y no sé si era por su par de zapatos nuevos, o algunas plantillas

especiales, pero Horacio, aunque seguía entrando en mi bolso, ya no lo hacía con la comodidad de antes. Y mientras pensaba en las cejas de mi hermana, Valeria, todavía Jussara, empujó la puerta del submarino, persistía en no costarle ser linda y en el perfume a grano recién molido. Por un instante creí estar en una gran pecera, rodeado de animales tropicales, de colores fuertes, casi venenosos.

—No te pases de la raya

Horacio tuvo la intención de advertirme, pero fue en vano, cuando empecé a pedir más para tomar y ahí el boliche lució perfecto; me creí los juegos de luces, la decoración pop, y me metí definitivamente dentro de la pecera. Pedí otro whisky y, al darme la medida, Raquel me tocó los nudillos con sus dátiles y sentí que debía hacer algo y no hice nada. Empecé a transpirar y quería encontrar a mi hermana y a la chica que atiende, la de la caspa, no verla más. Giré y me puse de frente a Valeria. Por primera vez noté que uno de sus dientes de adelante tenía un tono más opaco que los demás y no me importó. Había tomado mucho y estuve a punto de perder el control y romperle un vaso en el rostro a Raquel.

—No te pases de la raya

Horacio insistía en calmarme. Sentados a solas en la barra con Valeria —sus amigas ya estaban desperdigadas por otros rincones del bar y Horacio aún en el portafolio— me fui calmando y ella me explicó lo de su novio, su pareja de hacía mucho tiempo, desde la época del liceo. En las clases de física, me decía, de los miércoles a primera hora, nos sentábamos juntos, aunque llegara tarde él me guardaba un lugar con su mochila. Y en cambio, yo solo quería llegar hasta mañana, sobrevivir hasta que me pusiera la corbata roja. Le pregunté si otra vez traía un sostén con doble enganche, de esos que se sacan con dos dedos. Miré para la puerta del submarino y Julieta no entraba.

—Nunca conseguí coleccionar un álbum de figuritas hasta el final, es insoportable esa sensación; lo más cerca que estuve, fue con el del mundial 90, lo había armado junto con una amiga, pero nunca conseguimos la figurita de Maldini, tiene los ojos claros como los tuyos —me confesó Valeria.

—¿Tenés ganas de acunarme?

Era mejor irnos, a partir de ahí el bar sobraba, pero sin que nos vieran. Valeria me había dicho con mucha discreción que saliera en cuanto pudiese y que le mandara la dirección de mi apartamento por mensaje; aunque demore no te preocupes, voy seguro, esperame, yo voy, me dijo y lo repitió. Ese fue su plan. Esperé y así fue. Al salir del bar, vi a Raquel que enjuagaba la vajilla.

Llegué a casa y tuve tiempo de guardar el rollo de papel higiénico que seguía en el medio del living, le devolví la bienvenida a Claudio, escondí el portarretratos, saqué la corbata que pendía de las antenas, arreglé los cables salidos, levanté la cortina deseando que se viera el río, pero, por la niebla, la luz del puerto debió haberse frenado antes de mi ventanal.

Habrá demorado una hora, tocó timbre, entró como café recién hecho, otra vez el sillón y lo primero: desabrocharle el sostén.
—Esperame.
—¿Por qué ese culo?
—Mi novio viaja mucho y me trae una crema del free shop — y de ahí salió el olor a tienda de cosméticos—. Tengo mis secretos. Te la dejo tocar para que veas que buena es, pero hacelo con las yemas de los dedos, vas a sentir mejor —dijo. Se soltó dos botones de los cuatro de su vaquero, corrió con el pulgar el pantalón y arrastró también su tanga hasta la mitad de unos pómulos de Jussara.
—Tocá —habló— pero despacito —yo toqué.
—¿Era en serio lo de tu novio?
—Nunca pensé que vivieras a una cuadra del mar.
—Es río.
Parecía nerviosa. Fui hasta la cocina a servir dos whiskys y cuando entré al living empecé a transpirar, no quería perder el control y partirle un vaso a Valeria; si estirara la mano desde mi posición, quizás le hubiera podido abrir el cuello. Ella me preguntó si estaba bien y después de que apoyé los vasos en la mesa cajón, me sostuvo la mano.
—¿Se ve desde tu ventanal?
—Con esta humedad, imposible.
—Si ni siquiera sabés mi nombre —ahí todavía era Jussara.
Le entretenía hablarme de su novio y a mí me entretenía poder hablar con alguien, y además, por qué no, el olor a tienda de cosméticos era agradable.
—Hace mucho tiempo que estamos juntos —y me contó que le regaló un perro que ladraba poco.
Mis mascotas fueron peces y además rojos. El primero lo maté. Creí que siempre tenía hambre y le daba de comer cada vez que pasaba frente al acuario. Reventó de tanto comer: mamá me contó que los peces comen aunque no tengan hambre. Los demás murieron, algunos los aplasté con mis championes, otros los estrujé con mi mano, pero hasta hubo decesos naturales. Estos aparecían boyando y me compré una red para sacarlos. Esa red nunca la cambié, es la misma desde el primer Claudio.
Valeria pidió para pasar al toilette, con ese tono lo dijo, y fui a la cocina por otros dos *whiskys*. Cuando la vi acercarse, mientras se acomodaba una remera que le volvía a tocar la piel, después de subir por el impulso de sus tetas, justo a la altura del ombligo, pude ver que tenía un tatuaje.
—¿Te lo puedo chupar?
—Para eso está.
Se acostó en el sillón y le saqué las botas de cuero con cierre, me excité con ese ruido de los dientes de metal que se abrían. Se tendió sola en el sillón y pensé que

ahora sí, sería fácil lo del sostén con dos dedos. Pero se acomodó de una forma rara, sus hombros al borde del sillón y dejó su cabeza colgando con vista a la pared, como si no quisiera verme. Se sacó sola la musculosa y fue pulcro ver sus costillas que se estiraban mezcladas con ese tatuaje. Le pregunté si lo del sostén lo podía hacer yo. Se rió y puso el pelo por adelante de los hombros para que escondieran sus senos.

—Me llamo Valeria y sacalo ahora.

No pude ver sus tetas, pero lo hice con dos dedos. Lo de chupar, solo hasta donde va el tatuaje, me aclaró, y me sentía jugando el mismo papel que jugó Raquel el jueves anterior, aunque me hubiera embadurnado en shampoo anticaspa, por algún lado tenía que aflorar mi falta de casta, como una alergia. Aunque hubiera sobre ella otro hombre, lamiéndole la panza, con mordidas repletas de deseo, cazaba gusanos que salían de sus poros, me siguió hablando de su novio. Pensé en enojarme, pero para qué, era una Raquel, servía y estaba a gusto.

—Te gustaría conocerla.

Que su novio trabajaba en el buffet de abogados que era de su padre y tenían muchas influencias; esa gente no se equivoca, me dijo. Tenían otros negocios y una estancia, Valeria nunca pudo grabar el número exacto de hectáreas, pero yo sé que son 8139, donde el aire corre más seco, sin tanta humedad.

—Te gustaría conocerla.

Augusto se llamaba, hasta el nombre me dijo. Vivían en una casa descomunal, con techo a dos aguas, con piso de madera y una escalera con codo. Estaban ahí desde hacía mucho tiempo. Disfrutaba con los detalles de la casa y vi el tatuaje que era un tribal que le rodeaba el ombligo que se parecía a un nudo marinero; el diseño le enlazaba la barriga cual racimo de uvas. Agarré el pote de ración, le di de comer a Claudio, le puse mucho, mucho y volví a bajar.

Mientras, Valeria siguió sin siquiera mirarme, con vista a la pared. Al lado de la casa había una canchita de fútbol del barrio donde jugaban los niños de un complejo de edificios ahí cerca; su padre no lo dejaba jugar y mi novio lloraba.

—¿Se puede fumar acá?

Hasta miró mi consentimiento. Tenía los ojos húmedos, parecía que hubiera llorado o estuviese a punto. Se prendió el pucho, sus pelos seguían tapando sus senos, y otra vez se recostó pulcra para que no se desvelara. Dio una agobiante pitada y sopló el humo contra la pared. Creí que podría enamorarme de esa mujer y pensé en ahorcarme. Se disecaba con la misma frialdad que yo usaba la red cada vez que se moría Claudio.

—¿Entonces qué hizo el muy hijo de puta?

Lo dijo sin volver a mirarme, habló con la municipalidad y preguntó por el terreno; estaba abandonado, averiguó y siguió el catastro hasta que encontró la dueña que no sabía que lo tenía, agregó. Las sucesiones son así; y seguí después del final de su

tatuaje y tenía una tanga blanca sobre su piel morena, una mariposa negra en un jardín lleno de flores. No sabía hasta dónde se ponía crema Valeria, pero todo olía rico y hundí mi nariz en su ropa interior. Estiró el brazo y me agarró la oreja.
—No te pases de la raya.
—Me gustaría conocerla.
Con vista a la pared, dio otra pitada que crujía el aire. Después de tanto investigar, le buscó la vuelta legal para que el terreno se deshiciera de sus deudas, a la espera de la carne de carroña como todo abogado, y le compró el terreno; ya no hay una canchita de fútbol, ahora es de ellos, tienen tremenda barbacoa; y me agarró por el cuello, de ojos cerrados y me besó.
—Lo peor es que el hijo es igualito, debe ser por eso que estoy contigo. Que seas un poco más grande y… tengo la seguridad de que Augusto no terminará nunca siendo como vos, no tiene los ojos de Maldini.
Le lamí los párpados, aunque estuvieran secos, pensé en mi tía Adela, no la llamé esta semana; y Horacio, siempre solo. Me sacó la remera y se esforzó en que mis tetillas rozasen las suyas, pero con sus pelos de entremedio, un plumero que quita un polvo viejo. Tengo mucha sed, dijo y solo abrió los ojos después que había girado hacia la mesa. Tomó un sorbo de su *whisky*, después nuevamente dejó caer su pescuezo por fuera de la tela gastada, otra vez sus senos sin revelarse, y se prendió otro pucho y el humo extraído contra la pared, el aire como un musgo, mezcla de tabaco y niebla de puerto. La soledad de Valeria era pegajosa, hubiera querido que me acunaran, pero ahora me veía desde lejos, en un bote salvavidas, boyando, en el medio de una piscina donde al lado había una barbacoa; y con la red, la misma de siempre, la de sacar Claudio, sacaba un cadáver, pero era el de Valeria.
—Mi novio tiene una hermana
Una hija de la vejez, siguió Valeria entre una pitada y otra. Dice ella que estudia teatro y el otro día fuimos a ver su obra de fin de año, un horror, ella hacía de la hija más chica de una viuda amarga; no me muerdas tan fuerte, me dijo. El personaje que mi cuñada representó en la obra de teatro era la hija rebelde, me contaba, igualita a como es en la vida real, y al final de la obra muere, o creo que muere, agregó; otra solución sería matar a todos.
—¿Tenés ganas de acunarme?
—Terminá de sacarme el pantalón.
Costó, tenía caderas de Jussara, mis manos sudaban, pero tú por ahora no te saques el tuyo, me dijo. Quería morderle hasta que sangrara, o quitar a Claudio con la mano de la pecera y quizás tragármelo. Descubrí su sexo discretamente esparcido, como las cejas de Raquel, y en esa nueva raya al medio, pero sin caspa, fue que encontré a un hermano, Augusto, hasta el nombre ya sabía, Augusto Cabrera. Sentía ganas de meterme, de cogerla por todas partes, meterme donde siempre tendría que haber estado, de ser parte y no vivir más como si fuera una subtrama de mi vida,

hurgar en todos los pozos de Valeria donde hubiera estado Augusto, ser un Cabrera, tenía los poros hinchados otra vez, sudaba, se parecían a los ojos de Claudio, quería nadar, sí, nadar en lo que yo sentía que Valeria destilaba y que también tenía olor a tiendas de cosméticos; le pedí que siguiera, que no parase de hablar, que su voz me excitaba, le dije; y le lamí la entrepierna.
—Mi novio tiene una hermana.
Mi erección se hacía cada vez más insoportable en el pantalón. Me quería infiltrar en ese cuerpo, hurgar en ese lodo, quizás descubrir algo mío, pero también podía vengarme, terminarlo con todo, su cuello colgaba en una posición como si esperara la guillotina de mi *whisky* a medio tomar; la victoria podría ser otra forma de pertenecer.
Mi suegra no sé, seguía Valeria y yo ya quería que se callara; cuida de la casa, sigue pagando la cuota del club aunque desde que se murió mi suegro, nadie fue; ¡qué se callara! y sentía que me iba a correr en cualquier momento. Quisiera tener mi triciclo acá, el que me regaló mi padre, me dijo; y que me hablara sobre ella me alivió. La abracé con el pantalón puesto y eyaculé sobre mi ropa, a mi familia no. Ella quería llorar y yo abracé a Valeria, a la novia de mi hermano, y también lloré, no fue difícil. Ella entonces abrió sus ojos y me secó las lágrimas con la yema de su pulgar y la abracé más fuerte y lo hice como si fuera Augusto, como si le hubiera guardado el asiento de al lado, con mi mochila, porque sabía que ella siempre llegaba tarde a las clases de física.
—Te gustaría conocerla.
Valeria se volvió a poner la tanga, otra vez la mariposa negra volaba sobre margaritas, me pidió tiempo y era todo lo que yo quería. Me advirtió que teníamos que tener cuidado, mi cuñada y sus amigas van mucho a ese bar y no se pueden enterar de nada, me dijo, están muy sensibles, mi suegro se murió hace poco.
Enseguida se tuvo que ir y tiré el resto de whisky en el acuario. Al otro día apareció muerto, boyaba. Lo saqué con la red de sacar Claudios.

Sin embargo a este nuevo Claudio que me trajo Augusto no lo voy a matar, se lo prometí y espero que Horacio me pueda ayudar. Lo que no me gusta es el acuario, el vidrio es más transparente. Este plástico tiene como una mucosidad impregnada, una niebla fina que lo hace impuro, se parece al aire de aquel río y puerto.

3

Perdimos la inocencia, es verdad, y esto es lo que más me cuesta.
Seguí yendo al bar y no volví a ver a mi hermana, pero después de aquel primer encuentro en mi casa, donde Valeria colgó su pescuezo y descubrí un hermano, a cada viernes, me iba con ella bajo la mirada de Horacio y Raquel, ella siempre triste, como si ocupara mi lugar en la pecera.
—Ponémela.
La única forma de volver a encontrarme fue cogiendo. Ese fue el enganche para cada semana verla y sacar información sobre ellos; estaban en una época complicada con la muerte de papá, me parecía un disparate tocarles timbre. Busqué la dirección en la guía de calles y también el teléfono, además conseguí hasta el número del celular de Augusto, por si acaso. Los tenía anotado en una nueva agenda: eran las únicas direcciones y números apuntados. Los de la tía Adela los sabía de memoria. El número de Valeria preferí no anotarlo, sería dejar huellas, mejor no, para cuando estuviésemos unidos, Vale no nos podía dividir como familia. El de Raquel lo colgué en la heladera, con el imán de una pizzería.
Al principio me daba pudor tocarla y aunque tenía erecciones, simulaba mis orgasmos. Cuando sentía que ella estaba saciada, una bisutería en un collar de perlas, con la boca llena de saliva, hacía un hilo de baba, junto al mismo ruido que hacía mamá cuando me cepillaba los raspones en la rodilla después de los partidos de fútbol con los vecinos, mucho Merthiolate y después un soplo, como si ese aire hiciera doler menos. Con esos gemidos lubricados convencía a Valeria, además de los movimientos bruscos e inacabados de mi cadera, como los estertores de una gallina que ya fue degollada. Después el abrazo, eso sí era placentero, estar sumergido en una bañera de crema hidratante con muchos olores y, ahora que repaso, al final quedaban ahí, como una habitación sin ventilar. Bajaba las pulsaciones, perdía la erección y, mientras ella corría al baño, me sacaba el preservativo; un nudo y cuando Valeria salía del baño, entraba yo. Lo tiraba en el retrete, pero como tenía mucho aire, quedaba ahí, boyando. Había que insistir hasta que el remolino de la cisterna se lo llevara. Me lavaba en la pileta, pero no mucho; era linda esa sensación de sudor y cosméticos pegados a mi cuerpo, además esos productos los había traído mi hermano Augusto del free shop, los sentía como un regalo.
—Ponémela.
Pero un jueves que llegamos muy borrachos, Vale me pidió que se la pusiera sin condón, la necesito adentro y ya, dijo. No supe darle un no, espero que nunca se enteren. Fue difícil esa noche, no podía simular un orgasmo porque Vale se daría cuenta al no quedarse con nada que chorreara y perdería el contacto que tenía con la familia. Una cosa era mantenerla como amante para sacar información, para estar

más cerca, para disfrutar también del *provolone* relleno que es la especialidad que Augusto heredó en la barbacoa, todos los sábados de tarde se juntan. Antes era mi padre quien se encargaba de prender el fuego, pero el sábado siguiente a su muerte, por la inercia de ser Cabrera y ocupar su lugar, sin aviso, allá fue Augusto, apiló la leña intercalada con hojas de diario y un pan empapado en alcohol; era el secreto de papá. Sin embargo vivía como una omisión de mi parte sentir placer con la novia de mi hermano.

—Ponémela.

Estar con Valeria me hacía sentir en familia, hasta ahí bien, pero muy distinto era que yo sintiera regocijo, del sexual digo, por estar con ella. Me rondaba por la cabeza mi falta y no podía eyacular, y esa noche, que Valeria parecía poseída, empapada en alcohol, y mi erección duradera con un orgasmo que no llegaba, para mí fue un terror. Tuve que cerrar los ojos y pensar en la caspa de Raquel. Y me corrí como un pote de shampoo recién abierto.

Al irse del apartamento, me sentí sucio, impregnado de una mucosidad viscosa, me sobraban escamas; quise romper un vaso y no tenía en quien, entonces agarré el acuario y tiré a Claudio en el wáter. Apreté el botón de la cisterna y vi como giraba y giraba en ese remolino hasta ser tragado. Asistir a la muerte de algo que uno mismo mató, es placentero. Giraba e intentó aletear para que no lo devoraran. Terminó por engullirse en ese ojo de tormenta. Lo recuerdo y me viene agua en la boca, seguido de un cosquilleo pero le prometí a Augusto que no lo volveré hacer.

El martes siguiente fui a la feria, me compré esa vez dos peces rojos, uno más clarito; lo volví a llamar Claudio y al otro, clarito, le puse César; así se llamaba papá.

Durante semanas me negué a volver al bar, mi falta frente a mi apellido, haber rellenado de semen la novia de mi hermano me pareció una cobardía, pero un mensaje de Valeria insistiendo para que fuera y que tenía algo importante para decirme, hicieron que ajustara el portafolio. Aunque ya no lo pude trancar con el cierre. Horacio había crecido mientras solo salí de casa con mi corbata roja. Forcé varias veces, seguía entrando en el bolso, pero no fui capaz de lidiar con el cierre. Pensar que tiempos después ni siquiera cabría en esta habitación.

Otra vez los primeros en llegar, la butaca lustrada, el aire como en remojo y Raquel. Sentado en el bar, de frente al mostrador, que con sus luces y tablón de madera, se parecía a un teatro improvisado, vi a Julieta interpretar a Adela. Con sus cejas depiladas, con su pelo rubio casi rojizo, del color de César en mi acuario, pero de cerca. Cada vez que el personaje de su madre en la obra gritaba: "Adela, Adela", yo pedía por favor que ella también me abriera la puerta, como lo hacía Bernarda, su madre, en la ficción de Lorca. Era lo mismo. Seguía sentado en la butaca con el *whisky* que me había servido Raquel, pero yo también estaba en el escenario, vestido de Bernarda, el personaje de su madre; "Adela, Adela, dejame

entrar". También hubiera agarrado un martillo para romper ese cerrojo, aunque quien estuviera muerto detrás de la puerta no fuera ni Adela, ni Julieta, sino yo, con un vestido verde, precioso, y Horacio, casi virgen, al lado de mi cadáver, cada día más grande.

Sin embargo Augusto jamás hubiera ido a una obra de teatro si no fuera por nuestra hermana. Debe haber asistido al espectáculo de Julieta y hasta aplaudido después, como quien aplaude la presentación de un congresista al que no conoce. Pero esas distracciones se las dejamos a Julieta; lo nuestro es el despacho, la gambeta legal, el dividendo; qué nos podrá enseñar una obra escrita por un puto y rojo. Cuando llegara a casa, pensaba en mi butaca, nervioso porque Valeria no llegaba, mataría a los dos peces e iría el domingo a la feria, a comprar dos más, que tuvieran el mismo nombre, pero otro color.

Pedí otro *whisky* y Raquel se mordió los labios; su paciencia conmigo era definitiva. Me servía el whisky con cuidado, incrustaba las piedras de hielo en el vaso como un *tetris* chueco, para que el líquido amarillento solo recubriera las grietas, un desinfectante de heridas. Al final me entregaba la medida con un mimo, absorbía un trago y que no me preocupara, no había sido envenenado. Le devolvía esa entrega incondicional con la misma dilección, como si pudiera ahí, en esa medida, encontrar un sitio para quedar. La traía atada con esos ademanes y, sin que se lo pidiera, con ternura dejaba de adorarme cuando entraba Valeria en el bar. Sabía hasta donde tenía que ir su apego y hasta donde tenía que dejarme ser enjaulado por mi trama, aunque me vigilaba desde lejos, siempre a la espera de un llamado de auxilio a atender con la benevolencia de una santa, para que no me lastimara las rodillas.

—«Voy derecho a tu casa, en treinta estoy».

No había podido terminar cuando llegó ese mensaje de Valeria. Tiempo más que suficiente. Hasta agua en la boca sentí, cosquilleo, después que me despedí de Horacio y empujé la puerta del submarino sin mirar a Raquel.

Me serví de esos minutos para ejecutar la matanza. Agarré a Claudio y César, los apreté cada uno en una mano, con la fuerza suficiente para que no se me escaparan, pero con cuidado para no aplastarlos. Otra vez la cisterna y el remolino que lo traga todo: es lindo. También tuve tiempo para alcanzar los preservativos y ponerlos en el bolsillo de mi pantalón para evitar apuros. Sonó el portero eléctrico, fui sacándole la tranca, el ruido a ascensor y la recibí con un beso recóndito. Tenía planificado nuestro reencuentro para que no sospechara. Debía recibirla con mucha pasión, producto de la larga ausencia y de la necesidad que se supone que deberían sentir los amantes que hacen mucho que no se ven. No le dije ni "hola" y cuando estaba por desabrocharle el sostén, con dos dedos, vi una deliciosa marca de tira de biquini, una raya blanca sobre esa piel que se ha vuelto más Jussara, ese color que debía haber adquirido en una silla de playa al lado de mis hermanos, otra vez la

mariposa negra en un campo de margaritas y la volví a besar con el sofoco de quien necesitó siempre ese beso.
—No supe qué decirle.
Esa marca del bretel, esa infinitesimal línea que le atravesaba hombros y omóplatos como la trilla de una hormiga que busca su hormiguero, pedazo de hoja sobre el lomo, la debe haber adquirido mientras mi jefa también estuvo de vacaciones. Me quedé solo en la oficina y aunque había tenido la oportunidad de llegar un poco más tarde, estirar los pies sobre la mesa, no, Cabrera, hice horas extras después de pasar la tarjeta, apreté con más fuerza el nudo de la corbata. Reconozco que me descuidé al sentarme en la oficina de mi jefa, quería sentir la jerarquía llenándome la boca de saliva, como si matara un pez, y ver desde su sillón, divida por una mampara de acrílico barata, mi oficina. El monitor como su protector de pantalla, como una puerta mosquitera, uno de los recipientes de veneno para matar las cucarachas que habían empezado a aparecer en el piso, puesto debajo de la mesa, a mis pies, y mi taza de café de la que nunca tomaba. La aproveché como recipiente para mis lapiceras y sobre todo mis marcadores. Los verdes para los pedidos de acá a tres meses, los amarillos para los pedidos urgentes, los azules para los nuevos clientes y los rojos, como la corbata, para los usuarios V.I.P. Me ganaba una comisión extra por cada tarjeta de consumidor preferencial que lograba colocar. Hay también una postal de feliz navidad de una de las chicas de recepción. Me dijo que soy un menjunje de balde con los restos de pescados y documental de Jacques Cousteau, y eso le gustaba. Me serví una taza de café, lo hizo con los granos molidos guatemaltecos que mi jefa guarda con tanto esmero para días especiales y me pide que le prepare. Me serví en su taza con la foto de su mascota, un perro blanco con un broche, da la coincidencia, rojo. Es linda la autoridad. Sonó el teléfono y era el jefe de otra sucursal preguntando. Había facturado los pagamentos, había rellanado las planillas, preparado los pedidos para el otro día y aspirado la oficina aunque Carmen, la limpiadora, también estuviera de vacaciones.
—No supe qué decirle.
Augusto la había pedido en casamiento y no se le ocurrió ninguna excusa. Por ahora le había dicho que sí y me abrió la bragueta.
—No supe qué decirle.
Mordí la base de su pescuezo de crema hidratante y habló de fechas y que los canapés sean ricos, se rió, había que empezar despacio, le dije y me puse el traje de pingüino y probé, mordí el queso con suavidad hasta encontrar el caviar escondido, que tenía mezcla de podrido y exótico, de nuevo mundo que se abre. Me tocaba a mí, y lo recorrí con mi lengua, no era rico, era prometedor y lo disfruté por las sensaciones a las que se abría el paladar, no por el caviar en sí, era la puerta que daba acceso; de entrada, siguió ella, decidimos algo que mezcle sensaciones, y me pasó la rodilla por la entrepierna, con una salsa caliente y un relleno frío, lo liquido

mezclado con una masa seca, como si barajara los naipes y todavía cualquier carta pudiera salir, todas las promesas seguían abiertas, y todavía todo era posible acá en casa porque recién íbamos por el plato principal, ese tiene que ser único, me explicó Valeria, y me pareció bien, algo con carácter, que no diera espacios a dobles interpretaciones, algo que amaras y te perdieras en él, o que lo amaras por insoportable, por no poder conectar, pero era ese y no había otro, y que los mozos no dejaran de servir mucho vino, que ninguna boca se secara, lo pagarían todo las ganancias del buffet, tenía derecho a exigir las copas llenas, que no dejaran de servir hasta que viniera el postre con tortas, y nos paramos para servirnos, los invitados se apretaron por un lugar y que no se terminara la torta de chocolate y menta. El final compartido fue dulce y triste, la mirada de un caballo de calesita cuando llega la noche y se prenden las luces. Valeria era linda, será una buena esposa, tenía suerte mi hermano.

—¿Y Claudio?

—Murió.

—¿Por qué no hacés un mate?

—¿Te puedo decir Vale?

—Hacé el mate, no jodas.

Al pararme descubrí una botella tumbada, con las gotas pegadas al vidrio, como si retuviera el aliento del último en tomar de su pico, exactamente entre el final de la sombra de la gamella y las sandalias de Vale que habían venido con el calor. Al lado, su paquete de cigarros, de caja blanda y humedecida. Algunos puchos estaban salidos, no por enteros, y en uno se veía la marca del rouge, como si lo hubiera querido fumar y no hubiese tenido el tiempo. Habría quedado suspendido, apretado por sus labios, sin fuego, un rato, antes de volver a su lugar.

Mientras llené la caldera y puse a calentar el agua, Valeria prendió un cigarro, se apoyó en el marco de la puerta y me miró. Estaba seguro de que mi cuñada no veía lo ordenada que estaba la cocina, ningún plato sucio, la esponja de un lado de la pileta y el detergente del otro. Hasta había dejado la ventana abierta para que la casa se ventilara, era Cabrera ahora aunque me había olvidado de la botella tumbada. Estaba seguro que no lo veía. Estaba enrollada en su regocijo, como si siguiera en su orgasmo de calesita, sentado en el carruaje aunque las luces estuvieran apagadas y el maquinista, que también cortaba los tickets, se hubiera retirado. Ella, sola en ese mundo de lámparas extintas, disfrutaba de la manera con que se iba adueñando de su boca la noticia de Julieta.

—La nenita está preñada.

Valeria se recostó en el marco de la puerta de la cocina con un sorbo largo y el humo que tragaba salió impoluto solo por sus narinas, porque prefirió cerrar la boca para abrirla en el momento justo. Dijo la novedad con los pulmones limpios.

—La nenita está preñada.

Disfruté en silencio de la noticia y me concentré como nunca en poner la cantidad justa de yerba en el mate, correrla para un costado con la bombilla y tirar un chorro corto y preciso de agua fría para que la yerba se hinchara y no se quemara con el agua hirviendo que me avisaba el silbido de la caldera. Valeria también saboreaba la noticia, mencionó lo del embarazo en un tono a bochorno, para que las palabras quedaran ahí, boyando como un pez muerto en el aire, mezcladas con el humo del tabaco, el vaho del puerto, y así ella le podía dedicar la mueca al suceso que realmente sentía, el alivio por tener la prueba de que ellos tampoco eran perfectos y no la cara de cal que tuvo que regalar a los demás.

Le debía tanto a Vale que no podía quedarme callado, le devolví el favor y le pregunté lo que más le deleitaría contarme.

—De un cualquiera

Extirpó de su hálito esa interrogante, como si hubiera arrancado margaritas de un jardín y las hubiera puesto en un jarrón al lado de su cama.

—Viste que la nenita se tira de liberal, hace teatro, dice que cree en el arte y tiene calefacción; papá le presta plata —y otra la vez la larga pitada como si se tragara un eslabón de la cadena de plata—. Vive así, de otro, y no le importa —me pidió el cenicero, dudó en aplastar la colilla, pero agarró otro cigarro, el marcado con rouge que antes había estado al borde del abismo y no había encontrado mecha o tiempo, y aprovechó ese fuego para volver a encenderse—. Bueno, parece que fueron con una amiga a esos espectáculos de carnaval —el viejo cigarro chapoteado por el cartón blando de su caja, el punto rojo incandescente que costó encenderse y yo tragaba el primer buche del mate, el que en otro momento hubiera sido el más amargo—, y cuando terminó de cantar el grupo de murga —seguía Vale — se subieron al ómnibus y se fueron con ellos a otro escenario; estuvo bien, es lo más cerca que va estar de las tablas.

Valeria me dijo que no tenía ganas de volver al sillón, quería compartir el mate acá, y aprovechó la mesada de la cocina limpia y repasada para sentarse.

—Estuvo saliendo con uno de los cantantes de murga —seguía Vale con la calma de quien ya escribió el discurso que está por largar y lo sabe de memoria, hasta donde bajar el tono—, lo peor es la mugre de esa gente, toda la noche con esos disfraces, yendo de un lado al otro, me acuerdo que lo trajo un día a comer a la casa y su padre, que Dios lo tenga en la gloria —lo dijo mirando al techo e hizo la seña de la cruz no para honrar la memoria de papá, sino para llamarlo, para que él también la escuchara en la cocina—, mi suegro le preguntó contento por su actividad musical, había escuchado algo a medias sobre el nuevo noviecito de la nena.

Le pasé el mate en ese instante porque supuse que, en su planificación del discurso, ahí vendría un silencio para generar tensión y ella aprovechaba para palpar el profundo regocijo de tocar una herida húmeda.

—Yo de chico tocaba el piano y mi hijo es un gran saxofonista —me contaba Vale

que había dicho papá al murguista—, ¿vos qué tocás?
—Fue raro —dijo Valeria sentada en la cocina—, la única vez que lo vi simpático —y siguió relamiéndose con ese almuerzo—. Estaba rico, canelones rellenos de carne, siempre se come asado en esa casa, el *provolone* relleno por el que todos se peleaban por un pedazo, que antes lo hacía mi suegro y ahora lo hace Augusto, pero justo ese día llovía y a la mamá se le dio por la pasta.
Me devolvió el mate y vino otra pitada, más desprolija que las anteriores, como si ya hubiera llegado al clímax y ahora solo quedaba contarme la escarcha.
—Se fue el muchacho y empezó una pelotera en esa casa —lo dijo con una carcajada todavía presa, la había desanudado recién—. Nunca más vino. Estuvieron casi un año juntos y después dejaron, debía de ser insoportable bancar la relación, pero, yo le avisé a Augusto, se veían a menudo —y otra vez la carcajada, está más suelta, como si se hubiera zafado el otro muñón—. El padre era tremendo hijo de puta, qué Dios lo tenga en la gloria, milico de joven, en plena dictadura, guardó el uniforme siempre planchado, como si hubiera una guerra a punto de comenzar y ahora es Augusto quien le pregunta a la madre si se acordó de mandarlo a la tintorería, y los dos siempre tuvieron una cadena plata gruesa con un crucifijo y después fueron doctores en leyes, así se nombraban, qué más querés —e hizo la seña de la cruz otra vez para asegurarse de que papá la escuchara.
Me tocaba a mí el mate y fue el trago de agua hirviendo, como una mancha vieja que no salía, que despegó de mi paladar el miedo de morir solo.
—La nenita debe haber dejado de tomar pastillas en ese tiempo —siguió Valeria mientras se bajó de la mesada—, pastillas que debía tener escondidas en el ropero de roble, en la puerta que tiene espejo, debajo de su cuadernos, después de tanto tiempo de pareja, qué le iba a decir que se pusiera condón —Valeria tragó un sorbo largo del mate, mientras acomodaba su ropa y fue a buscar su cartera en el living—. Ya está de tres meses, me parecía raro no verla más en el boliche, era eso, quería esperar, habrá pensado en arrancárselo, habrá dudado, cobarde como su madre, y después que se lo contó, jamás lo permitiría mi suegra. Todavía no le avisaron al padre —disfrutó del gusto amargo que bajaba por la garganta y que se le pegó en la lengua, ella era feliz con esos detalles, parecía una niña que se había alquilado un castillo inflable solo para ella.
—Sabés qué, qué se jodan, todo lo tienen, todo lo compran. En algún momento algo les tenía que salir mal —y todo eso lo dijo en dos sílabas, con prisa, como si hubiera atravesado un calvario—. Me voy, ya es tarde —me contó que iba a ir con su suegra a buscar salones.
—Te amo —me dijo y lo repitió—, y ahora con lo del casamiento, se complica vernos. Estate atento al celular, cuando aparezca una oportunidad te aviso —me pegó un cachetazo, me mordió el mentón y se fue. Se fue Valeria y yo no podía estarle más agradecido.

Pensé que a partir de ahí Julieta me abriría la puerta, ya que no quedaban roles por representar y se había bajado del escenario. Pero es Augusto el único que viene a verme, lo hace una vez cada quince días, lo escucho desde que saluda al personal y los pasos de sus suelas de zapato de cuero negro cuando sube la escalera y se acerca por el pasillo. Pisa el polvo que, aunque lo limpien, siempre está. Sube un aire seco, lejos, muy lejos de aquel río.

4

Acá, también llueve, pero cuando cae el chaparrón se escucha el alivio de la tierra que vuelve al piso. Acá, brota un perfume de consuelo, de sed que desaparece, de que por fin se acordaron de este lugar y no del olor fétido de lo empapado que se mojaba en el puerto.

Se me había dado por destapar la grasera del apartamento, una noche que no había podido dormir, de vidrios musgosos, cuando sonó el teléfono y, con esa mugre, me dijeron que había muerto la tía Adela.
—¿Hablo con el sobrino de Adela?
Recién empezaba en su turno de la mañana, apenas amanecido, un paciente la desnucó con una olla de sopa que había robado de la cocina. Un golpe certero y mala suerte. Me llamó una enfermera, compañera del manicomio, para avisarme.
—¿Hablo con el sobrino de Adela?
Un esquizofrénico había seguido el mandamiento de matar a la virgen maría vestida de blanco. Ella ya se había cambiado y puesto el uniforme y justo la olla y su pescuezo; certero y mala suerte.
Tuve que pedir a mi jefa que me diera libre, además de que al otro día tampoco podría ir. No me gusta fallar al trabajo, perdón, le dije. Andá, andá tranquilo, contestó, soy el único pariente directo que ella tenía; no te preocupes, te entiendo, insistía mi jefa, no me gusta fallar al trabajo, perdón, repetí.
El cuerpo llegó a la sala velatoria a las tres de la tarde y recibí pesares de sus compañeros de trabajo y algunas amigas del barrio fueron desfilando con sus palabras de sarcófago, pero después de las diez de la noche me quedé solo con mi tía, en nuestra parte de la sala velatoria; el último en irse fue Horacio y se retiró por incomodidad, sus piernas ya no entraban en bolso alguno y sus hombros eran desmesurados, cualquiera lo podría ver.
—¿Le aviso a Valeria o a Raquel?
—Andate a la puta que te parió.
—¿Y esa cadena?
—Andate a la reputa que te parió.
Me dijo que volvería mañana para el entierro, me quedé solo. Fui al otro salón donde había un muerto popular, estaba lleno de gente e hice la fila para dar los pesares a una mujer joven que por el tamaño del ataúd debía de ser su hijo.
En esas horas exánimes en la sala velatoria en que no recibía invitados, no repusieron la cafetera de la sección de la Adela, entonces aproveché mi ida al vecino para una taza de café caliente, ascendido a jefe. El velatorio era a cajón abierto y aunque tuviera la curiosidad no pude mirar el cadáver, empecé a transpirar. Quería romper la taza en el rostro de la madre para que tuviera un buen motivo para llorar, pero no debía perder la calma, no debía perder la calma, no

debía perder la calma, y me sonó el celular con un mensaje de Vale: «En qué andás te quiero ver». Al final estaba bien, coincidía, era viernes de noche.
Le dije al empleado de la sala velatoria que cerrara el salón de mi tía, no vendrá nadie de noche, y que lo abriera recién mañana bien temprano. Le contesté a Vale que fuéramos al apartamento y le pedí por mensaje si me podía conseguir una corbata, aunque sea una de tu novio, es urgente, le dije, te la devuelvo la semana que viene, tengo una reunión importante y las que tengo están todas viejas. Ella me contestó que no me preocupara, que en su casa tenía un par de las que Augusto se había ido olvidando y que no se daría cuenta.
«¿Qué preferís, una media rojiza o azul oscura?».
«La roja no».
Había ido al shopping, semanas atrás, y me había comprado camisas nuevas, en tonos clásicos, un nuevo traje negro y otro azul marino, y camisas blancas, pero con pequeños detalles, rayas finitas, matices en la tela, pero me había olvidado de la corbata. Hasta fui a la joyería y encargué mi cadena de plata gruesa y el crucifijo.
—¿Hablo con el sobrino de Adela?
Quedó pronta el día antes que me llamara la compañera de la tía a contarme lo de la olla; mala suerte. Cuando entré a la tienda, pude verme desde una de las sillas donde los esposos esperan y observé, como si fuera Augusto y me estuviera acompañando, cómo me entregaron en un estuche la cadena pesada y divisé exactamente cómo doblé los codos, agaché la cabeza y me puse la sucesión de eslabones, hasta noté cómo se me erizó la piel por la plata fría y cómo el funcionario con un tono de sacerdote me pidió que firmara el recibo; todo eso lo aceché sentado en una silla.

Augusto no ha venido en esta quincena, tendría que haber sido ayer, pero no y Horacio me reclama que le cinchan las articulaciones, que le pida algo para el dolor.

El entierro en el cementerio estaba programado para las once y media de la mañana siguiente, el cortejo fúnebre saldría una hora antes. Pero todavía me habían quedado cosas por resolver. El panteón dónde estaba enterrada mi madre, era el mismo que habían comprado mis abuelos maternos en el que ambos también estaban sepultados. La muerte de mamá nos conmovió mucho a todos y no habíamos tenido en cuenta que otra muerte pudiera venir tan pronto. La tumba estaba llena, había que reducir alguno de los cuerpos; al ser un panteón vertical, de tres lugares, las sepulturas son como capas de masa de una torta de mil hojas, de las que llevan merengue, la que había preparado Adela para mis 37 años, unas sobre otras y la de arriba era mamá. Era ella a quien habría que reducir. Sin embargo, por ley, las reducciones solo se podían hacer tres años después de la muerte y a mamá todavía le faltaban seis meses.

—¿Hablo con el sobrino de Adela?
Cuando el director del manicomio me llamó, con el corazón en un puño, como dijo, y se puso a disposición para ayudar con los trámites legales, me preguntó dónde tendría sepultura. Le comenté de nuestro panteón familiar y cortó el teléfono diciendo que no me preocupara, que él hablaba con el cementerio. Cuando me fue a dar los pesares en la sala velatoria, me presentó el problema de los seis meses que faltaban, pero que había hablado con un funcionario de alto cargo del cementerio y que harían omisión a la falta de tiempo, pero eso sí, quieren que haya un familiar presente como testigo, para que estén cubiertos, nunca se sabe, me dijo el director.
—¿Tenés algún familiar para mandar? Tú no vayas, no vale la pena.
—Tengo, no se preocupe.
Arregló con el cementerio que la reducción se haría a las seis de la mañana. Y si querés, aprovechamos la jugada y ya reducimos los tres cuerpos, siempre es bueno tener lugar libre, había agarrado confianza el director y me lo dijo como si se tratara de un partido clásico. No va ser necesario, insistí, a esa hora habrá alguien.
Me costó el nudo de la corbata, la hice y deshice tres o cuatro veces, hasta que tuve que volver a plancharla, como la farda, pero al final me quedó bien. Hice un nudo *Half Windsor*, era el que se usaba, Cabrera.
Después que di órdenes en la sala velatoria, fui hasta casa; tuve tiempo de darle ración a Claudio y César, eran azules entonces, como la corbata que traía en la cartera Vale cuando tocó el timbre. En estos últimos meses nos habíamos visto muy poco, tuvimos un encuentro en el auto de Augusto, era grande y él se lo había prestado para salir con sus amigas. Ella había salido de su primer visita a la modista que le había tomado las medidas, esa cita fue un lunes y durante mi hora del almuerzo, en un hotel barato, la cama crujía y se escuchaban los gemidos de la habitación contigua, con un frigobar en el que las botellas de agua no tenían el lacre de las tapas, parecían haber sido rellenadas con agua de la canilla, y las sábanas oscuras, todavía estaba el aire caliente, con moho, de los anteriores ocupantes del dormitorio que nos tocó con Vale y no nos importó.
—Te amo —me dijo en la habitación asequible—, tus ojos azules como los de Maldini y ese rostro que está a punto de ahogarse, pero la boca con demasiada agua como para pedir ayuda. Yo también siento que me hundo.
—Habrá que estar preparados —y aquel día la besé con la boca llena de saliva.

Al terminar el velorio era el primer viernes de noche que nos encontrábamos en mi apartamento, después que ella me había dado la noticia del embarazo y que la planificación de la boda la tenía atareada.
—¿Está el fuego por ahí?
Después que hubiera ido al baño y vuelto con solo la bombacha puesta, verde manzana, y otra vez volaban mariposas negras sobre margaritas. Había aprovechado que Vale no me veía para lavarme en la pileta de la cocina con un poco

de detergente, me había desposeído de los restos blancos, pero tomé cuidado en conservar alrededor del ombligo y en mi entrepierna el olor de Valeria, mezcla de tienda de cosméticos.
También me puse el calzoncillo antes de sentarme en la gasa húmeda, pero Valeria apoyó su espalda contra uno de los almohadones que acomodó en la pared en el que estaba arrinconado el sillón. Estiró sus piernas, descansó sus pies sobre mis muslos y sujetó el cenicero sobre sus rodillas.
—¿Está el fuego por ahí?
Fue por otro pucho.
—Me voy —y el verbo salió húmedo— y no creo que nos volvamos a ver. Me tengo que ir —prendió el cigarro—, falta poco para el casamiento.
—Está bien.
—Pareces otro con la cadena de plata.
—Revisando cajones.
—Es que ya no puedo —dijo ella—, no puedo seguir atrás de la figurita, ya no hay álbum por llenar. Me quedaré con tu hueco.
—Habrá que estar preparados.
Se hundió en el sillón. Eran sus rodillas las que ahora estaban sobre mis muslos, el cenicero lo tuve que sujetar para que no se cayera, y brotó el perfume de la crema del free shop que se mezcló con el tabaco.
—No puedo, hablé con mi cuñada. Debe ser el instinto materno y las hormonas del embarazo. Se iba a llamar Juan su hijo. Le gustaba el nombre solo, Juan, le gustaba por la simpleza, hasta la fonética sonaba a nada. Pero cambió de idea, César, como el abuelo —y Valeria sonrió con la dicha despegada de sus dientes.
Me pareció bien el homenaje aunque me hubiera gustado que me tuvieran en cuenta, que me preguntaran si lo tendría reservado para un hijo, Cabrera.
—Lo sabe. Las putas hormonas. Todo. Andá a ayudar a mi hermanita que de tarde va estar sola y con la panza hay cosas que no puede hacer. Fui —dijo Valeria.— Me pidió que le tocara la panza para sentir como se movía su hijo —dio una pitada mirando al techo, y se cruzó el brazo, el que no tenía el cigarrillo, para taparse los pezones—. Vino con una historia de la sinceridad y que no aguantaba más. Quería saber qué hacer, entonces me contó lo que sabía. Todo. La conchuda sabe de detalles que ni me acuerdo.
Que Augusto no se enterara, que Augusto no se enterara, y veía a Claudio y César en un duelo por la posición del centro en el acuario. Claudio preferiría volver a estar solo y estoy seguro de que si César apareciera boyando, él se pondría a jugar con el cuerpo como una foca con su balón.
—Disfrutó, eso es lo peor —lo dijo mientras se quitaba el cenicero de sus rodillas y lo puso en la mesa, cerca del retrato de mamá de la polaroid; día a día perdía brillo la foto, como si no quisiera ser testigo, no estar más ahí—. Tenía una sonrisita en la

boca, ahora que va ser mamá cree que lo entendió; ella con sus amiguitas del teatro, ellas se lo confirmaron —giró sobre el sillón y se sentó a mi lado, y se vistió con mi camisa blanca y me daba asco que tocara mis cosas, además se tapó con una colcha fina que usaba para dormir mis siestas en el living—, le confirmaron las amigas, andá saber cuál de todas las mongólicas será —uno de sus senos quedó al descubierto por entre los botones de la camisa y sentía que el pezón me miraba—. Se iba a llamar Juan el bebé, me gusta por su sencillez, decía, y a último momento le puso César como el abuelo —se levantó, la muy hija de puta, enrollada en la sábana y me dejó descubierto—. Me tengo que ir, es tarde.

Había llegado hasta acá y temí que no me entenderían cuando supieran lo de Valeria; ahora que estábamos tan cerca, no, ahí no, no me quedaba ningún pariente del otro lado que me pudiera avergonzar, no me quedaba ninguna mancha que me adhiriera a mi calaña, ahí que conocía el ritual de la barbacoa de los sábados y sabía de memoria los temas de la sobremesa, ahí que trabajaba a reglamento y podría ayudar, sabía que Augusto estaba buscando a alguien de absoluta confianza para el buffet y la imbécil de Valeria dejó que la descubrieran, y ella se llevó mi manta, la de dormir la siesta.

—No mires. Cuesta, ya sé, pero a la larga tenemos un precio. Contigo no valgo nada y, por un ratito, es todo lo que quiero.

Augusto podría conseguirse la mujer que quisiera, reemplazar a Valeria no sería un contratiempo, había otras como ella que al bañarlas en cosméticos lucirían igual, sin embargo volvía a ser el huérfano, el maldito funcionario del otro lado de la mampara que ocupaba un escritorio que podría ser de él, de otro, de nadie. Lo que quería era una relación de hermanos, de esos que se cuentan todo, que un secreto entre nosotros fuera el ancla que se engancha en el ojo, un hipopótamo en la tina del baño; y ahora la imbécil de Valeria.

—Al principio pensé lo peor, que se había ido todo por el caño. Pero por más rebeldita que se las tiraba, es Cabrera, hasta repleta de hormonas. No sabía que iba hacer, si contarle a Augusto, me llegan a hacer eso a un hermano y lo digo todo —y escupió con el vocablo "t" de todo, en pie, del otro lado del living, enrollada en mi manta. Se puso el sostén por debajo del acolchado, tenía vergüenza ahí, y yo hasta me había corrido en esas tetas, pero se hizo la fina y me pidió que le pasara el pantalón—. Con lo de su embarazo la familia ya tuvo lo suficiente, y lo justificó con la vida después de la muerte del papá, todos tan cristianos, se va tragar lo nuestro, como se tragó las órdenes de su madre, la Julieta que quiso ser murió en escena, qué rebelde ni rebelde, Cabrera como lo son todos —lo dijo con náusea y se agachó para agarrar su pantalón, pero cada vez que se curvaba, advertía que la manta se podría caer.

—No mires.

Julieta no era así, no se tragaría la noticia y punto, yo la vi, fue ella quien no le tuvo

miedo al luto ordenado de su madre, fue ella que se vistió de verde cuando todos los demás se tapaban de negro, fue ella quien se enamoró de alguien prohibido, sin protección. Julieta, de ser necesario, se trancaría en el cuarto antes de aceptar un casamiento mentiroso, yo la había visto, conocía a mi hermana. Mi hermana lo contaría, no se iría a atracar con ese secreto, ella es de la familia.
—No mires.
Cerré los ojos para que la puta se pudiera arreglar tranquila.
—Mirá ahora —me dijo—, y sabés lo peor, después que contó todos los detalles de lo sucio, de lo nuestro, le puse mi mejor cara de madre y pregunté por el padre del bebé. Ni pestañó la pendeja, le pagan la cuota del club y no va nunca. No tiene padre, me dijo —y me pidió que le pasara las sandalias y su cartera y esa vez sonrió con toda la dicha que le desbordaba la boca; me lo decía a mí también—. A esa familia no se entra, aunque tengas tu sangre metida en ella, aunque te den un carnet para el club. Con suerte y si sos acorde y te ponés los regalos que te dan, como un piano malo que se deja afinar por el mejor oído que el dinero pueda pagar, te sientan en la terraza, te dejan un lugar y te tratan bien. Hasta un puesto en la mesa de la barbacoa tenés, pero jodete, ni lo pienses, no vas a sonar como ellos —lo terminó de decir mientras abría la cartera y me pasaba la corbata azul que había traído. Pensé en terminar con todo ahí nomás, la corbata, o quizás la cadena, y la ahorcaría hasta que pidiera disculpa por maldecir a la familia, quién se creía empapada en cosméticos que no había pagado. Qué sabía ella de ser Cabrera. Cabrera como yo. Me encantaría verla sin aire, con los últimos estertores de una gallina degollada, temblando las piernitas. Gozaría al ver el pataleo final. Me correría en sus tetas, con ella muerta. Quién se creía. Cabrera. Iba a volver aunque se tapara su desnudez, como si la marca y la ropa fina le quitara su piel de Jussara, de personaje de comedia brasileña. La besé con ganas, pero era a Jussara ahora. Le dije que la quería. Me abrazó y Jussara lloró en mis brazos. Se sostuvo de mi medalla de plata y se fue.
En media hora empezaría la reducción del cuerpo, estaba atrasado y eso no era Cabrera. Llamé a la sala velatoria para que abriesen el salón de Adela, el que preguntara por el sobrino, le comunicaba al portero, que avisara que estaba en camino y después disqué el número del cementerio, le comenté lo de la reducción, derivaron mi llamada, y avisé que el pariente que iba oficiar de testigo se había atrasado un poco, pero como tarde, 6:30 estaría ahí. Un hermano era quien iría, Augusto se llama, le dije al funcionario; lo esperamos, contestaron. Eso era Cabrera.
Me enroscaba con la corbata y Raquel, Raquel la usaría en mi despedida de soltero, le pediría que viniera disfrazada, me lo merecía, con ese culo que tenía, me lo merecía, pero me correría en su boca o fuera, dentro no, ni loco. Al final pude, *Half Windsor*, era el que se usaba, Cabrera.

Ahora lo escucho hablar con el personal, después serán los pasos por el pasillo que algo de esa agua que cae debe haber tragado sediento y el polvo que los zapatos de mi hermano ya no levantarán. Se atrasó, pero vino. Horacio con la noticia me sonríe desde un rincón del cuarto y se deshincha. Hasta puede estar de rodillas sin golpearse la cabeza contra el techo. Le debemos tanto, pasaré un trapo en la mesa para recibirlo. Si no fuera por mi familia, ambos lo sabemos, no estaríamos acá.

5

Valeria entró al apartamento sin saludarme siquiera. Arrastró mi mano hasta el cuarto al igual que un condenado que suplica por su guillotina. Bajó las persianas, dejó el dormitorio a oscuras, como si ella también estuviera enterada del plan y necesitara que alguien la ayudara a desaparecer. Arrancó primero mi vestimenta, hasta las medias sacó, se arrodilló en la *moquet* y mientras me chupaba se fue desnudando. Sin dejar de tenerme entre dientes, desató los cordones de sus botas, se arrastró con un movimiento degradante, como si viniera de un leprosorio, y sacó su pantalón sin las manos, un meneo de culebra, haló con fuerza hasta que se desprendió solo de los tobillos, en la otra siguió colgado el pantalón, pero sus medias no. Desabrochó los cuatro botones de su camisa de hilo fino, gasa nueva, sin dejar de tenerme adentro y con su propia mano, hasta eso no me dejó, se sacó su sostén con dos dedos. La levanté tirándole de los pelos, le agarré los cabellos que estaban más cerca de la nuca para torturarla más. La besé y tenía un aliento a mí, a Cabrera.

—Qué me importa, tienen campo, el casco de la estancia es divino, te encantaría conocerlo.

La calcé en el eje que vino a buscar y cuando la tenía en posición, con su espalda apoyada en la puerta donde por detrás había sacado todas mis camisas blancas del perchero para que entrara Horacio, sentí unos ruidos y nada más. Valeria me apretó, casi preocupada, casi nerviosa, amagó tartamudear algo mientras seguía con su movimiento de pelvis. Le hablé de la pared de yeso, que en casa se escuchaba todo, como si estuvieran ahí, con nosotros; estamos todos adentro, le dije.

—Lo sabe, ya sé que lo sabe, pero se lo va tragar todo, como yo lo voy hacer contigo —me dijo antes de seguir con el ajetreo de péndulo de sus caderas.

Lo podría haber hecho yo, con mi cadena de plata.

La terminé de coger como si tuviera caspa, como si fuera Raquel, y, por suerte, cuando sentí el cosquilleo y la presencia de la asquerosa lucidez, me pidió que me corriera en su boca, casi la salpiqué, casi, Jussara, pero fui hasta el living y me desahogué en el acuario. Necesitaba esa superioridad moral o matar a los dos con mi polvo. En el cuarto, bajo las quejas de Jussara que lo quería adentro, quedó el olor a tienda de cosméticos.

—Te quería deglutir estúpido, para usarlo en el altar cuando el cura pregunte si alguien tiene algo que decir.

—¡Pará Horacio!

Esta recostado sobre mis piernas y tiene su rostro en mi falda, estamos sentados en el pequeño sillón, de frente al acuario de plástico y solo su boca ocupa el espacio de mis dos rodillas. Balbucea, una y otra vez, que no soporta. Pobre, lo cierto es que después que despedí a Augusto, con un saludo de hombres con el brazo cada vez

más estirado, me dijo que ya no podría venir tan seguido, casi una vez por mes, no sé si tanto, dijo antes de volver al pasillo y no levantar el polvo. Tuve que socorrerlo para que pudiera salir del andamio de huesos y músculos que lo habían inmovilizado en el placar que se había escondido para que Augusto no lo viera. Qué pare de llorar.
—¡Pará Horacio!
Sus ojos se han vuelto tan grandes que sus lágrimas serían suficientes para llenar otra pecera, para volver a tener un César, pero aparte de Claudio. Cuando vivía en el apartamento, mismo en su etapa roja, parecía incluso feliz. Desde que tuvo compañía, al llegar y prender la luz, Claudio no daba más vueltas. Antes, hasta tocaba el vidrio que lo rodeaba, pero desde que no estuvo solo, trataba de no moverse del centro, no quería perder su lugar y ni se aproximaba a lo que lo ceñía, mientras César lo rodeaba igual que un tiburón a su presa. El agua del acuario se había vuelto turbia a causa del semen, como si fuera plástico, como acá, pero siguieron con vida Claudio y César; se movían con más viscosidad, sobre todo Claudio. Al lado estaba el portarretrato, con la polaroid de mi madre opaca, se degradada la imagen con premura, como si la corrieran, ya se parecía a una acuarela impresionista y empastelada, donde no se reconocían las formas.

Que Julieta lo contara, pero sin nombrarme, para no hurgar en la herida de nuestro hermano, hubiera sido la solución magnífica. La familia se hubiera roto y se sentiría definitivamente huérfana en esa casa con barbacoa, y ahí habría lugar para mí, un nuevo Cabrera. Reconozco que al comienzo habría un desconcierto, sobre todo por parte de la madre, ella se sentiría ofendida, le iba a costar reconocer la indiferencia de su marido frente a mi nacimiento, pero después, como si debiera limpiar la mugre de su esposo hasta después de su muerte, como si debiera seguir lavando a mano sus buzos de hilo para que el lavarropas no los deshiciera o planchar su uniforme para volver a colgarlo con naftalina, un crucifijo clavado en el lodo con los brazos abiertos, me acogería casi como un hijo. Ya mis hermanos, al principio solo medio hermanos, me cobijarían como la nueva mascota, el chiche nuevo, el salvaje al que hay que educar, enseñarle buenos modales, me regalarían ropa, cambiarían mi forma de peinar, opinarían sobre mi trabajo, me ofrecerían un puesto, de a poco me irían introduciendo en sus reuniones sociales y le buscarían un sentido a ese viraje de la vida, la muerte y nacimiento de César, la partida de Valeria y mi llegada. Dirían que es obra de Dios y me aceptarían como una dádiva, casi. Sin embargo Horacio no pudo salir de aquel ropero del apartamento para ahorcarla con la corbata azul.
Cuando fui al cementerio para ser testigo de la reducción de mi madre, antes de enterrar a mi tía, fue divino sentirme Augusto. Llevaba puesto el traje negro nuevo con dos botones cerrados, la corbata azul oscura, una camisa blanca, pero con detalles, y la cadena de plata. Ya habían sacado el cajón de su sepultura, reposaba

sobre el pasto al lado de la tumba, la madera estaba por desarmarse. Lo había elegido yo el ataúd y me había parecido un despropósito, ya habían pasado más de dos años, elegir el cajón más barato en aquel momento: era mi madre. Opté por uno que estaba en oferta aquel mes, un poco más caro que el de peor calidad pero me aseguraron que era una excelente oportunidad a ese precio, que la madera era en serio, nada de prensada, que el dorado de las manijas no se despegaría fácilmente, que mantendría su belleza por mucho tiempo, y en aquel momento creía que mi madre se lo merecía.
Me acerqué al ataúd, mis zapatos estaban lustrados y un funcionario me preguntó en qué me podía ayudar.
—Mucho gusto, Augusto Cabrera.
—¿Podemos proceder?— preguntó.
—A eso vine— dijo Augusto Cabrera.

Extendieron una lona blanca en el pasto, al lado del cajón, y con una palanca abrieron el féretro. Las manijas le parecieron de un hierro viejo como si hubieran dejado caer purpurina en las puntas, plástico falso. Sacaron la tapa y él vio esa calavera con un resto de vestido de fiesta, pero sin finura, una gasa seca, y mismo Augusto, que poco sabía de moda, notó la falta de elegancia de mamá; sonrió con picardía porque era esa, al final, la que había dejado preñada su padre, con ese vestido azul celeste. Debió reconocer, mientras movía su zapato lustrado por el pasto del cementerio, que él también había cometido sus deslices, se había, una que otra vez, comido alguna buscona de otro barrio, hasta sin condón, pero no sabía cómo era en la época de su padre y había perdido la cuenta de las veces que se tuvo que frenar en una farmacia a comprar una pastilla; tomala por las dudas, le decía a la fulana de turno, mientras cruzaba la ciudad para llevarla algún barrio podrido. Capaz que en la época del viejo no se conseguían esas cosas a mitad de noche.
Augusto, con su corbata azul y el nudo *Half Windsor*, actuaba con eficiencia frente la escena del cadáver descompuesto a medio vestir por el vestido deshilachado, como si inspeccionara la descarga de un camión de proveedores en la estancia. El esqueleto sonreía de susto, nunca se hubiera imaginado encontrarse con Augusto ahí; además dicen que se parece mucho a papá.
Extrajeron el cráneo y lo pusieron sobre la lona y Augusto lo siguió en su inspección. Trató de imaginarse cómo era la carne que recubría esa armazón, los cabellos estaban tirados en el fondo del ataúd, pero quiso poder ver la forma en que debería estar peinada cuando mi padre se acostó con ella. Debería de estar buena, sino no le hubiera dado bola, a nosotros nos gusta lo que al menos brille un poco; los Cabrera somos así.
Usaron una tijera para sacar los retazos, pero al mínimo contacto con las hojas afiladas lo que quedaba del vestido celeste se deshacía sin oponerse. Quitaron del féretro la parte del tórax, contaron las vértebras para estar seguro de que no se

habían olvidado de ninguna y hicieron lo mismo con sus costillas, las mismas que habían sido el sostén para que yo naciera, pero Augusto no pensaba en eso, apenas se figuraba el camino que debían haber recorrido los espermas de su padre, como un antropólogo que descubre una grieta por donde anduvieron sus ancestros. La cadera, los huesos de la pierna, las manos, ya las habían apilado, una de cada lado del cráneo, como si fueran sus auriculares, y Augusto pensó con orgullo que, quizás algún día, un hijo propio tendría que hacer lo mismo por él. Con sus zapatos lustrados que estaban perdiendo brillo con la humedad de la grama verde, pateó suavemente el cajón, como si le estuviera haciendo una caricia a mamá.

—¿No lo impresiona? —le preguntaron a Augusto en el cementerio, mientras acomodaba su corbata azul.
—Encantado, Augusto Cabrera —y extendió con un saludo de hombre por encima de la tumba, para saludar al funcionario, pasando el agujero, que no le pudo retribuir por llevar los guantes puestos—. Es mi primera vez, pero es lindo asegurarse que los muertos desaparecen —y, al bajar la mirada, vio cómo las puntas de los zapatos ya habían perdido brillo y con lo que me había costado sacarles lustre. Quería estar impecable, Cabrera.
Los tacos de mamá eran lo que mejor había resistido al encierro. La brillantina que tenían en la punta todavía se animaba a emitir destellos con el nuevo contacto con la luz del día. Era como si saludara a Augusto con ese gesto y tratara de encontrarme, por detrás de la corbata azul; como si se despidiera, un guiño, para ya no volver, ni en foto. Los funcionarios del cementerio sacaron los calzados y desparramaron los huesos sobre la lona. Veinte seis contaron del pie derecho, como si jugaran con canicas, pero del calzado izquierdo contaron veinte y cuatro, faltaban dos. Uno de los empleados se arrodilló en la grama y empezó a revolver el ataúd atrás del par que necesitaban para terminar su labor.
Parado por encima del funcionario, que se basculaba por dos huesos, Augusto avistó a un pedazo blanco. Él mismo se agachó a recogerlo. Uno menos, le dijo. Se lo debía a papá. Se contuvo de las ganas de chupar el hueso, a ver qué gusto tenía, quizás fuera el mismo de otras fulanas, quizás podría sentir a papá todavía por ahí. Prosiguió su inspección y nada. Volvió a contar los huesos sobre la lona, y todavía faltaba uno del pie izquierdo. Buscó, buscó, Augusto se agachó para ayudar, pero cuando percibió que al ponerse en cuclillas acercaba su traje al rocío del pasto, prefirió no ensuciarse y hasta ahí llegó.
—¿Podemos dejarla incompleta? —preguntó Augusto.
—Si usted me da el *ok* y firma —se atrevió el empleado.
—Un hueso más, un hueso menos.

En el apartamento del acuario con semen, Claudio boqueaba por encima de la superficie de la mezcla de agua y secreción, y éramos tres a mirar pacientemente la

función: Horacio, César, que parecía estar en su verdadero hábitat, en esa agua melosa, y yo.
—Parece que se muere tu pez —me dijo Horacio.
—Alguien tendrá que hacerlo.

Mis zapatos habían perdido el lustre, la corbata azul me quedaba larga, me sentía disfrazado. En el cortejo, la empresa funeraria había dispuesto tres coches oficiales para los más cercanos, en el primero iría el cajón, pero no sabía con quien llenar los otros dos. Me miraban como si yo tuviera que decidir la disposición de los pocos invitados, como lo debió haber hecho Valeria con las mesas de su casamiento. Ubiqué a las enfermeras, compañeras de trabajo, en el segundo coche, y en el tercero puse a la peluquera, al dueño del almacén, el carnicero y el chico del local de video juegos. Pregunté al chofer del primer coche si podría ir en el mismo auto que el féretro, en el asiento del acompañante. Sorprendido me abrió la puerta y los veinticinco minutos que separaran el velorio del cementerio, en ese cortejo que se arrastraba por las esquinas como un pequeño gusano. Además de los coches oficiales, había dos autos más y cinco motos, esos veinticinco minutos fueron mi descanso de esa gente. Hablé con el conductor sobre las variaciones del cambio del dólar, de los travestis que paran siempre por Bulevar y de cuándo la municipalidad iba mantener la ciudad limpia. Nos paramos en frente a la sepultura y estaba rodeada de toda esa gente que yo sabía que a la salida, todos y cada uno, me abrazarían; proyectarme a ese momento era pútrido, hubiera preferido bailar el vals con cada invitado en el casamiento. Bajaron el ataúd y lo pusieron lindero a la pequeña caja donde estaban los huesos de mamá, salvo uno; me tendría que haber traído el arca, cabría en cualquier ropero, hasta con las mantas que solo se usan en los peores días de invierno; quizá hasta acá, donde la tierra se moja a cada tanto.
Recibí la conmiseración de las enfermeras, de las peluqueras, de los marcadores de precio del almacén y de la limpiadora de la panadería; había olor a Raquel y sus dos hijos, una medallita para cada uno, esa calaña que me tocaba el hombro como si fueran ellos los que tendrían que sentir lástima. Malditos, ahí Cabrera y los putos zapatos que habían perdido el lustre.

Sin embargo semanas después vino el llamado de Valeria, el plan perfecto y la corbata en mano de Horacio, y él se entretejió, como si fuera el vestido con encaje y tul, con su propio cuerpo, y ahí quedó, inmóvil, no abrió la puerta del ropero.
—Alguien tendrá que hacerlo.
El peor fui yo, tenía la cadena de plata, los eslabones resistirían, la hubiera ahorcado, ahí mismo, hasta que su boca se hubiera vuelto morada y boqueara como Claudio lo hizo después en el acuario mucoso.
Claudio en la pecera boyaba y César jugaba con él, como una foca con su balón.

—Alguien tendrá que hacerlo
Fue así que me respondió Augusto, cuando lo llamé al celular desde la comisaria. Sabía perfectamente quien era, papá le había dicho, todo bajo control, hasta mi nombre sabía, y que necesitaba un abogado. Vino el policía con una sonrisa que se escapaba de sus dientes, hubiera querido una cámara para robarle la foto, justo ahí cuando se le estaba por caer el comentario, que hasta que llegara Augusto él no iba a hablar con el juez, que, quizá, lo podríamos arreglar en la interna.
—¡Qué suerte bacán ser hijo de Cabrera!

6

—Estoy aquí para salvarte

Horacio me abrazaba y no me decía que parara, al contrario, que siguiera, que siguiera, y me enlazaba con sus brazos, tres vueltas sobre mi cuerpo y, agazapada, mi figura cupo entre su pecho y cintura, un feto que volvía a su lugar y que no tendría que haber surgido.

—Llorá —me dijo—, llorá.

Boyaba envuelta las sábanas blancas. Había necesitado la ayuda de las enormes manos de Horacio, sus palmas cubrían todo el rostro, o casi, para enrollarla y ahora estaba lejos, lejos de la orilla y el alivio de ya no alcanzarla ni con la red de sacar a Claudio. Estábamos sentados en las rocas de la ribera desde donde se veían las luces del puerto, el vaho se había dispersado cerca del apartamento. En las sábanas también había puesto el portarretratos con la foto gastada de mamá que se terminaría de deshacer en esa agua dulce que trae salitre y mugre, todo junto. Era sábado, tarde, a la misma hora que Augusto habría estado ayudando Valeria a quitarse el vestido de novia.

Augusto debió haber amanecido esa mañana sin la ayuda de ningún despertador, recorrido su cuarto de soltero, el mismo que usó desde la infancia, el mismo que veía los niños jugar en la canchita de fútbol, el mismo del que salió orgulloso, a ayudar a papá, cuando estrenaron la barbacoa. Debió haber leído el diario, con las pantuflas que le regaló Valeria en su último cumpleaños, y después de un almuerzo somero, debió haberse encerrado a una siesta y no haber podido, le estaría dando vueltas la noticia que recibió de Julieta; pobre Augusto, quisiera no haberle lacerado la hombría; y él, como si picaran la pared contra su almohada, debió haberse desadormecido para empezar los preparativos y afeitarse.

Yo también tuve que vestirme de gala, horas antes que Horacio me enrollara con sus brazos. Me había puesto a planchar la única camisa blanca que tenía que no fuera de uniforme; blanca, pero con detalles. A esa hora, Raquel debería de estar ansiosa, sin saber muy bien a qué la había invitado. Le pedí que se vistiera al igual que para una fiesta, sin más, y si conseguía un vestido azul, celeste mejor, que lo combinara con sus caravanas, que se lo pusiera, y estuviera linda como si el mundo se terminara mañana. Le había dado de comer a César que nadaba como un delfín en esa agua que se fue aclarando con los días y, aunque no la hubiera cambiado, parecía haber sido purificada por las branquias de César; se lo debe haber tragado. Parecía contento ahora que vivía solo, nadaba de un lado para el otro, acariciaba el vidrio que lo ceñía y gozaba en verme planchar la camisa.

Me puse el pantalón, la camisa por dentro y la corbata azul, la que nunca me reclamó Valeria, antes de irme al baño a afeitarme ¿La espuma?, ahí estaba. Se vendría el casamiento. No sabía qué pasaba, por qué Raquel no me contestaba el mensaje que le mandé preguntándole si estaba por llegar. Le dije que era

importante, que no me fallara, pero se debía de estar maquillando. Las alianzas las guardó mamá, sí, las había puesto al lado del portarretratos, las guardó ella. Cómo se notaba la ausencia de papá. El celular y un mensaje nuevo, vendría, vendría Raquel, estaba por llegar. Puse papel higiénico alrededor del cuello de la camisa, si me llegaba a manchar con la espuma; qué nervios que debía de tener mamá, ya la veía dando órdenes, manteniendo su postura, pero histérica. Dijo Raquel que en media hora saldría. La sorpresa qué le tenía guardada; por suerte vendría Raquel. Ya me la imaginaba a mamá contenta, saludando a los amigos de papá, orgullosa y nerviosa con el *catering*, que sirvieran bien, que el *whisky*, que los baños no estuvieran sucios, al final lo de invitar los amigos de papá del golf no había estado mal, el juego ese de cubiertos que habían llegado envueltos para regalo ni sabía quién los había mandado, debían de durar toda una vida.
Julieta, esa sí estaría como loca, aunque le costara por su panza y sus piernas un poco hinchadas por el embarazo, seguro que pasaría mesa por mesa saludando como si fuera la novia. Ahora que sería madre, era como si fuera su fiesta también. Esa noche tenía que estar impecable, sobre todo por el viejo. La fortuna que le debió haber salido; aunque estuviera muerto, sentía que lo pagaba él. Y mi futuro sobrino le había traído una alegría a la casa, qué lástima lo del padre, pero tiene al tío y nunca le iba a faltar nada. Me corté en el borde del mentón y una gota manchó la corbata, minúscula, esperaba que no se notara. De todas forma Julieta estaría contenta, aguantaría sin amargarse, Cabrera, aunque sabía que había llorado ayer, después del civil, cuando le contó lo de Valeria, fue fuerte. Una noticia, un comentario, de una tía o de una hermana, y todo lo que creías seguro y firme se va a la basura. El miércoles de mañana, le había dicho que sí al juez, todo una maravilla. Casamiento, con la novia de toda la vida, la familia contenta, los negocios bien. Estaba como loco y vino mi hermana, probaba el traje, y Julieta cuenta que Valeria tiene un amante. Al principio como que no lo podía creer pero mi hermana no lo podía estar cagando, y menos en ese momento, sangre de mi sangre, y tal cual, siempre le dio todo lo que quiso, de lo bueno y de lo mejor y nunca alcanza. Pobre, no se podía sacar de la cabeza a su futura cogiendo con otro, era como que nos viera, todo así, todo, todo, todo real, y después repartía besos por la casa. Traté de sacar la mancha de la corbata con jabón, pero las manchas de sangre cuestan, no se notaría, creía, era minúscula. Él sabe que me chupó la pija y por momentos lo debe haber hecho pensando en él. Igual, ya era tarde, no le podía hacer eso a la familia, ella lo pudo haber cagado, pero para poder empatarlo, iba a tener que remar. Augusto sí debió haber tenido minas, Cabrera. Nunca se enteró de ninguna de las mujeres que tuvo, ni para cagarlo sirve, si quería estar con otro, que al menos lo hiciera bien, que no se enterara; para que yo pudiera tocar el timbre después, en la barbacoa usando los cubiertos de regalo y ponerme la cuchara en la boca, la misma que chupó. Que no se enterara el viejo, quisiera conocer hasta dónde conoce la vida

que seguía, no quería que supiera lo que había hecho, no quería que sufriera. Si Valeria hubiera hecho las cosas bien, tendría familia, y hasta mis hijos en un futuro comerían con esos cubiertos, tan santita que parecía. Al principio le iría a costar. Me lo imaginaba sentándose a comer, qué iría hacer, lavar los vasos cada vez que los usara. Pobre Augusto. Había terminado, estaba inmejorable salvo la minúscula mancha en la corbata azul, pero no se notaría. Cuando salí del baño vi cómo el exceso de comida que había puesto en el acuario era ignorado por César, no comía cuando no tenía hambre, Cabrera.

—Estoy aquí para salvarte.
Me lo dijo Augusto mientras esperaba junto al comisario que me había prometido no pasar el caso al juez. Se saludaron con un beso en el cachete y un sobre cerrado. Augusto le contó que andaba con prisa, pero que el patrullero me llevaría a la estancia, que al llegar, el capataz ya tendría todo pronto, hasta un médico conseguí, le dijo.
—Estaba a punto de subirme en un avión. Pensé en no venir. Dudé, qué hubiera hecho mi padre, escuché los consejos de mi esposa. Estoy recién casado. Lo sabés mejor que yo. Pensé en mi padre, pensé en el buffet. Ya no confío en nadie, hace rato, pero vine. La vida no se siente, se calcula. Ahora vas estar tranquilo en la estancia. Es como si le tirara el último puñado de tierra a la sepultura de papá. Siempre supe de vos. No creas que por amor, por plata. El viejo tenía miedo que reclamaras tu parte de la *biyuya*. Ahora el dinero está seguro, soy yo el que te tengo atrapado. El verano afuera es recio y seco, es cierto, pero es mejor que esto.

Al ponerme el saco, sonó el timbre: Horacio. Ni siquiera traté de esconderlo en el ropero, no entraría. Caminaba arrodillado en casa para no golpearse la cabeza contra el techo. Lo puse en la terraza lavadero, porque lo haría yo, Cabrera, para que las cosas quedaran bien hechas, y hasta tuve que correr el lavarropas para que Horacio entrara. Lo dejé ahí, encogido, mientras preparaba la bandeja con los canapés para recibir a Raquel, la botella de champán esperando su llegada, los zapatos con lustre. Tenía preparada la sorpresa cerca del portarretrato, con esa imagen que se desfiguró.

—Estoy aquí para salvarte.
En las rocas de la ribera, Horacio no paró de crecer, y antes que sus brazos me enrollaran por cuarta o quinta vez, prefirió desarmar el abrazo retorcido y me sostuvo con sus dos manos, como quien bebe el agua que brota de un manantial. Me acunó entre sus palmas, me preguntó si estaba cómodo. Apoyé mi cabeza sobre uno de sus pulgares y mis piernas colgaban para afuera. Le pedí que girara para que pudiera ver el cuerpo y el portarretrato enrollados en las sábanas blancas que boyaban, ya lejos de la orilla.

Ayer de tarde, cuando nos preparábamos para el compromiso, sonó el timbre de la puerta del edificio. Soy yo, me dijo por el interno y apreté los dos botones que abrían el portón eléctrico. Mientras escuchaba el ruido del ascensor, saqué la botella de sus hielos, la sequé con una servilleta de tela blanca, destornillé el alambre que recubre el corcho y cuando pulsó el timbre de la puerta del apartamento, ya la esperaba con dos copas llenas. Raquel quedó muda frente a mi postura de traje, invitándola a entrar con un ademán de galantería. Aceptó la copa y me preguntó por qué brindábamos. Por la familia, le dije, por la familia. De al lado del portarretratos agarré el estuche negro y lo abrí con un par de alianzas.

—Quiero estar contigo —le dije— pero realmente contigo.

—En la escuela había un niño, que cada vez que jugábamos a la mancha y tenía la oportunidad de quemarme con la pelota, la tiraba despacio para que la pudiera agarrar y el manchado terminaba siendo él. Nunca me escribió una carta, no conozco su voz. Tú venís al bar, hablás con otra, pero tus ojos se quedan conmigo aunque te los lleves, esa mirada de pez muerto, inmóvil, sin salvación. Es preciosa.

—Hasta los peces mueren ahogados.

—Acepto —sonrió—, mientras el lavarropas no lo pongamos en el living. Me encantan los hombres de traje y corbata.

—Es mía —dije y añadí que la amaba.

Al lado de la gamella dada vuelta, veía perfectamente que era el salón de fiestas que alquiló Augusto que giraba a mi alrededor. Vale se acercó, y le dio un beso con gusto a otro, lo agarró de la cintura y su otra mano se trenzó con la suya y con la cola del vestido, que ella sostenía porque tenía miedo de tropezarse. Lo miró a los ojos, con ojos de otro, y el Vals en Prado Verde de Strauss empezaba a sonar. En casa había programado el equipo de música. Raquel con su vestido azul, casi celeste, empezó a girar al mismo ritmo que el salón. La bola de espejo no giraba, estaba quieta como el foco que la alumbraba, lo que giraba era lo demás, y Raquel y yo.

Veía sonrisas deformadas por el movimiento, voces que llegaban tarde como si ya hubieran pasado. Todo giraba al ritmo del compás, la fiesta venía bárbara, inmejorable, seguía el vals. Vale le dio otro beso y sintió su perfume que era el mismo que usa desde la secundaria, nunca lo cambió, no lo cambiaría para mí, ese perfume también me recuerda a Jussara. La apretó contra su cuerpo y él trató de aumentar la velocidad, que los rostros se unieran en un haz que los rodeara hasta que no lograran distinguir los manteles blancos de las mesas al fondo con los dientes truchos en forma de sonrisa. Raquel me pidió que no fuera tan deprisa y si nos cayéramos ¿qué?, qué carajo importaba caerse si después habría que levantarse, qué bien que nos hubiera venido hacer el ridículo, que nos hubieran visto, los conocidos, los amigos de papá del golf, qué importaba, no vayas tan rápido, le debió haber dicho Vale. Escuchó las palmas y quería que los demás volvieran a

girar, como un disco rayado, girar hasta que zafara el eje, hasta destornillarse y que la fuerza de rotación, la que les explicaba el profesor de física en las clases de los miércoles a primera hora y que él sufría si llegaba tarde porque podría haber alguien al lado de Vale, que esa fuerza los expulsara de este eje. En serio que me mareo, me dijo Raquel.
Vale se fue, no te vayas, le había pedido, te toca bailar con tu mamá bobo, le contestó y a dos metros estaba su padre que la espera con los ojos llenos de triciclos, pero en esa distancia ella no era de nadie; cuando solté a Raquel para agarrar el portarretratos, hubo una ausencia. Me tendría que haber invitado, también tenía derecho a ese vals. Después que bailé con mamá, hubiera bailado con mi suegra, pero desconocía quién era y quién bailaría con Vale por papá, hubo una ausencia; ella ocuparía mi lugar en la barbacoa y yo no existiría. Me hubiera gustado bailar con Julieta, aunque una panza y su hijo nos separarían.
Sabrá papá que existo, me reconocería al verme como el amante de Valeria; hasta dónde conoce. Quisiese que estuviera vivo; él hubiera saludado a sus amigos, le hubiera hecho una observación sobre los vasos usados que seguiría arriba de la mesa al responsable del servicio y creería que Augusto sabía lo que estaba haciendo. Pero por estar muerto lo sabía, sabía lo de Valeria, conoce los cuernos de su hijo, ¿pero sabría que soy yo? Después de su muerte lo sentía más presente, hablaba con él sin medir las palabras. Por haberse muerto sin preparar el velorio, había dejado todo como si volviera al otro día y le tocó a Augusto ordenar sus cajones y descubrir que cuando se aburría dibujaba flores en los rincones de las hojas donde tomaba los apuntes sobre la reunión y coloreaba el centro de las letras o de los ceros; Augusto no lo extrañaba, como yo tampoco lo extraño, porque nos había dejado ese, el muerto, con quien se puede hablar y que era mucho mejor que el otro.
Hasta dónde llegará su conocimiento. Le hablo mientras me acuna en sus manos Horacio, acá, en la casita del fondo de su estancia, donde me tiene internado Augusto, después de haberlo prometido al comisario que no le traería más problemas. Ha vuelto a crecer y ya caben mis piernas en sus palmas.

La noche del casamiento, a lo lejos, boyaba, como una ofrenda a la virgen, el cuerpo de Raquel con la foto de mamá, fuera del compás, con un ritmo distinto al de la corriente y al del vals.

En el salón los demás seguirían sonriendo, y en casa Raquel notó la mancha en mi corbata.
—Mañana te la lavo con un producto que sé que saca cualquier cosa.
—Las manchas de sangre cuestan —contesté.
En el salón los demás siguieron sonriendo, hasta en el mismo momento en que saqué mi cadena de plata en el apartamento y se la puse a Raquel y se mezcló con su

collar fino y dorado y las dos medallitas; ella se dejó llevar, como si el foco del salón de fiestas solo me alumbrara a mí, como si todos lo supieran.
Quisiera odiarlo, odiarlo en serio, odiarlo hasta cuando estoy solo y callado, odiarlo hasta morderme los labios y lastimarme. Y ahora muerto lo puedo decir y no le queda otra que escucharme, hago la seña de la cruz, pero en cambio a su recuerdo no. La muerte absuelve, se salió con la suya. Y estuvo conmigo cuando ahorqué a Raquel, mientras los eslabones de la cadena de plata se incrustaban en su piel, cuando trató de gritar y Horacio estiró su brazo desde la terraza lavadero que llegó hasta el living y le tapó sus gemidos de auxilio; estuvo ahí cuando la fría plata, que hubiera podido ser un verso declamado por Julieta, pero parió el producto de un músico que no toca el piano, ya no le darían el rol de Adela a la que su madre Bernarda quería mantener virgen, la fría plata le cambiaba el color al pescuezo de Raquel, y la lastimaba, hasta sangraba con mezcla de oro de tanto que la apretaba pero me cuidaba, y lo vio y gozó, de no mancharme la corbata y disfrutó como disfruté yo cuando ella movía sus piernas con el último soplo de aire de la gallina, los estertores de quien ya fue degollada. Se deleitó limpiando su pasado y por el placer que da la impunidad; fue cómplice.

Estabas ahí cuando con Horacio la enrollamos en las sábanas blancas y tú también querías que pusiera el portarretrato, para que mamá no existiera, reducida, muerta dos veces, ni en foto. Me usaste para terminar tu trabajo. Por fin me necesitaste y yo te necesito, pero así, muerto.
Pesaba mucho el cuerpo enrollado en las sábanas, pero con los brazos largos de Horacio todo fue más fácil. Y te reíste conmigo mientras boyaba en la orilla un cuerpo con un vestido azul, celeste y sin finura, pero no te reirás de quien traicionó nuestra sangre, nuestra propia sangre, a ti también te cagaron, gil. A ti también te mancharon el apellido, tú también cargás ese muerto, él que boyaba; y en esto la muerte no te absuelve. Horacio sigue creciendo y me agarra con una mano y me aprieta contra su ombligo. Tengo miedo que rompa los vidrios de la casita de tu estancia, qué es tan linda, con el capataz, la cocinera y la enfermera, que tus dividendos pagan y me cuidan tan bien. Como si fuera un grano de frijol, un proyecto de feto todavía en desarrollo y que solo escucha un corazón que late. Me gustaría que lo pudieras ver todo, yo cogiendo con Valeria, con la misma repugnancia que lo hiciste a la ayudante de la maquilladora en el casamiento de tu hermana. Te hubiera gustado cogerte a Raquel y te regocijaras porque un hijo tuyo lo hizo y a tu manera, en esa ganaste. Pero un imbécil sin futuro nos manchó el apellido y ahí perdiste, esa mancha no sale. Y se llamará César, cargará con tu nombre. No te quieras limpiar con los manteles de la mesa o en el vestuario del club de golf, no sale; miremos donde miremos, va estar la puta mancha, como la mancha blanca que boyaba cada vez más lejos de la orilla.
—Estoy aquí para salvarte.

Aunque no fueron tuyas esas palabras, es como si lo hubieras dicho vos y no Augusto, como si fuéramos nosotros los muertos y vos el vivo. Ya sé que le prometí que cuidaría a Claudio, pero Horacio me consuela y me dice que si quiero hacerlo, que lo haga.

—Nadie está aquí para salvarlo.

Tragué, sigo tragando, trago el pez de mi acuario. Siento que Claudio aletea mientras baja por mi tráquea, se golpea en las paredes, un remolino como si tirara la cisterna. Le cuesta bajar, será por mi garganta seca que respira este aire limpio, sin la mucosidad del puerto, sin el prisma de la humedad. Raspa, siento sus escamas que se desgarran mientras sigue en su caída, libre ahora y no en un acuario. Ya ha llegado al estómago y sus branquias tratan de resistir al jugo gástrico que lo quema desde afuera, aletea, aletea, le arde los ojos, cada vez más rojo, se le despegan las escamas descompuestas, resisten sus branquias, aletea, se hincha y traga ese ácido que lo termina de matar, rojo, pero siento que se transforma en una descomposición continua, como si se pusiera un vestido verde y sigue, sigue, como si fuera yo y no él quien hubiera muerto.